

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1872. — TOMO XL.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE y MÉLAN.

Administración general y Redacción : Passage Saulnier, número 4, en París.

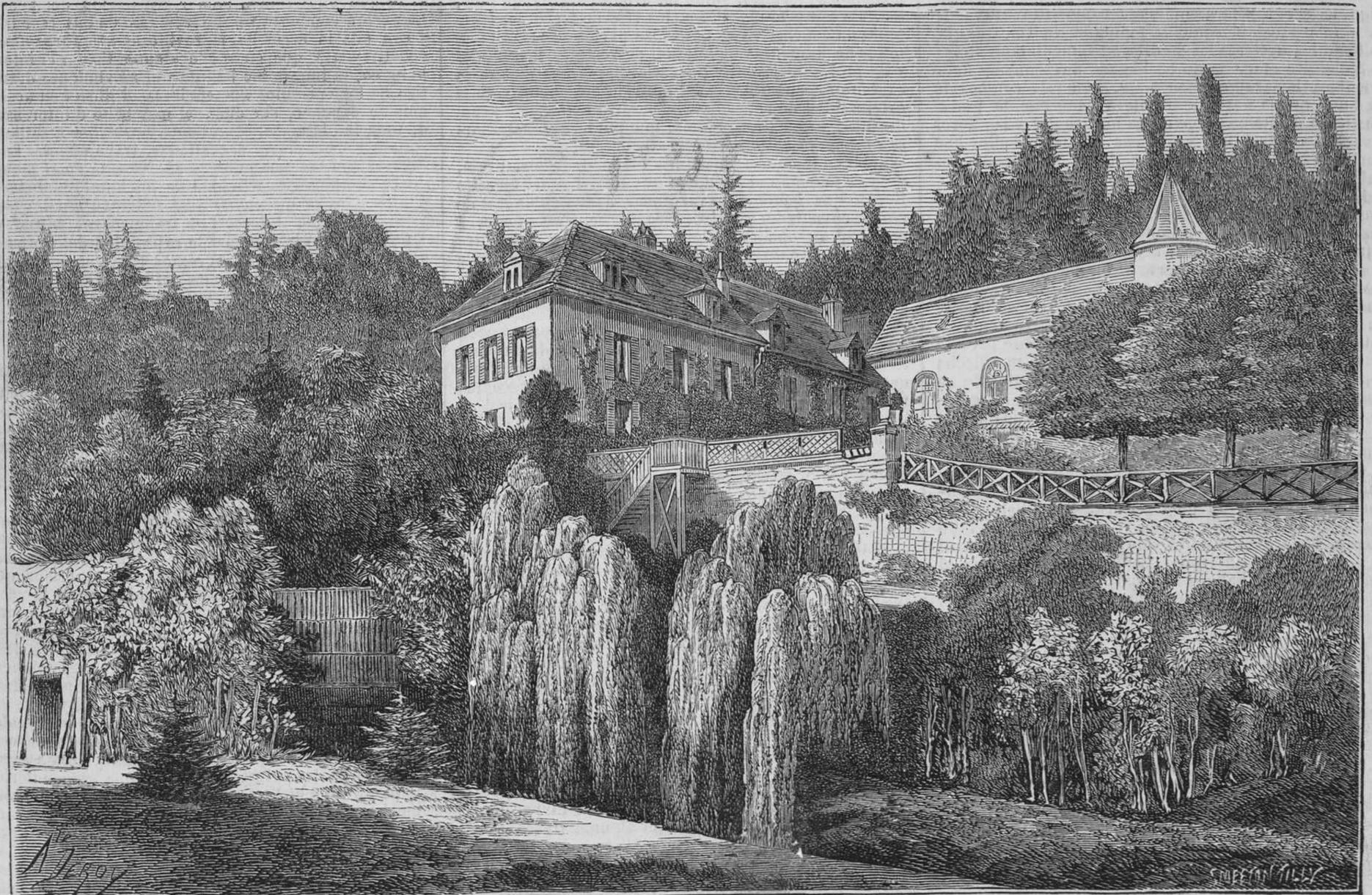
AÑO 31. — N° 1,031.

SUMARIO.

La « Schlittenbach, » residencia de M. Edmundo About en Saverna; grabado. — Literatura sanscrita. — Concurso regional de Nevers; grabado. — Catástrofe en el

ferro-carril de Barcelona á Valencia; grabado. — Revista de París. — Romances americanos, por Carlos Walker Martínez. — Monumento elevado á la memoria del general Tartas; grabado. — Coblenza; grabado. — Las vendimias en Valencia; grabado. — Emilia y Clara, novela original. — Juicio de César Cantú sobre las

obras del señor Torres Caicedo. — Pasos arqueológicos; grabado. — El comercio del oro y la plata; grabados. — ¿Qué hará de ello? novela escrita por sir Edward Lytton Bulwer. — Problemas de ajedrez; grabado. — El vapor « Senegal, » de la compañía de las Mensajerías marítimas; grabado.



La Schlittenbach, residencia de M. Edmundo About en Saverna. (Véase la Revista de París del número 1,030.)

Literatura sanscrita.

EL RAMAYANA.

(Continuacion. — Véase el número 1,030).

« Solamente la esposa que ama á su marido es digna de saborear la felicidad que su esposo merece; yo te seguiré, por tanto, adonde quiera que vayas. Separada de tí no querría habitar ni en el mismo cielo, ¡te lo juro por tu amor y por tu vida! Tú eres mi señor, mi maestro, mi divinidad; iré contigo, que tal es mi última resolución... Para una mujer de bien, el camino que ha de seguir no es su padre, ni su madre, ni su hijo, ni su ama siquiera, sino su esposo, que es su voz suprema... Yo habitaré feliz en los bosques, dichosa si encuentro á tus pies un asilo, tan contenta cual si habitara los palacios de Indra... Millares de años pasados á tu lado, serian un día para mí alma. ¡El paraíso sin tí me parecería odiosa morada; el infierno contigo, apetecible cielo! »

En vano Rama presenta ante sus ojos el cuadro aterrador de los peligros de la vida en los bosques; Sita permanece inquebrantable. Confiesa entonces su esposo que su negativa á llevarla consigo era un medio de probar su amor, y consiente gozoso en que le acompañe. Igualmente accede á llevar á su hermano, que en frases conmovedoras se lo ruega.

Después de tan dolorosas escenas, Rama vuelve á palacio para despedirse de su padre. El infortunado monarca le exhorta á desobedecer sus órdenes, y le ruega que le lleve consigo; pero la austera virtud de Rama rechaza estas muestras del amor paterno. Entonces la cruel Kekeyi viste á los desterrados con los hábitos de anacoreta, hechos de corteza de árbol, que han de llevar en los bosques. Toda la corte exhala entre tanto amargas quejas y no menos amargas censuras contra Kekeyi. Por último, después de una tierna y dolorosa despedida, Rama, acompañado de Sita, de Lakshmana y de su fiel cochero Sumantra, sube al carro que le está destinado y se pone en camino seguido de la mayor parte de la población de Ayodhya. Deseoso Rama de evitar las molestias del viaje á sus fieles vasallos, aprovecha una ocasión favorable para hacerles perder su pista, y continúa solo su camino.

Llega Rama á la orilla del Ganges, donde es recibido cordialmente por Guha, rey de los Nishadas. Allí despide á su cochero, y pasando el río penetra en el lugar en que el Ganges verifica su confluencia con el Yamuna, donde un santo ermitaño llamado Bharadvaja le acoge y le recomienda como sitio muy adecuado para establecerse la montaña de Tchitrakuta, adonde los desterrados se dirigen inmediatamente.

Sumantra entre tanto ha llegado á Ayodhya y dado cuenta á Dasaratha de su viaje. Refiérese conmovido el dolor que la naturaleza entera experimenta por el destierro de Rama; dicele que los árboles y las flores se secan y marchitan, y que sus mismos caballos han vertido lágrimas al separarse de su amo (como los caballos de Aquiles lloran la muerte de Patrolo).

Estos detalles aumentan el dolor de Dasaratha, que una noche, meditando sobre su desgracia, recuerda una mala acción que cometió en su juventud y en aquel instante expía. Esta acción que refiere á su esposa Kosalya, fue la muerte involuntaria dada á un joven anacoreta en una partida de caza. Una noche había salido á cazar en las orillas del Sarayu. Hallábase en acecho esperando que alguna fiera acudiera á beber en el río, cuando oyó un ruido que le pareció semejante á la voz de un elefante. Disparó una flecha y al punto llegaron á sus oídos los lamentos de un hombre; acudió presuroso, y halló un joven anacoreta mortalmente herido. El desgraciado le dijo que había ido al río á llenar un cántaro cuando Dasaratha, tomándole por un elefante, le había muerto, y que era el único amparo de sus padres, ancianos y ciegos, á quienes su muerte dejaba en el mas completo abandono. Traspasado de dolor Dasaratha, se dirigió á la choza del anacoreta á noticiar á sus padres tan fatal suceso. Nada mas patético que las quejas y lamentos de los infelices ancianos. Conducelos Dasaratha al sitio en que se hallaba el cuerpo inanimado de su hijo, á quien tributaban los últimos honores. Allí se les aparece el difunto, revestido de un cuerpo celeste, y les dice que Dasaratha no es culpable; no obstante, el anciano anuncia al rey, que así como él muere privado de su hijo, así él morirá privado del suyo.

El recuerdo de este triste episodio, uno de los mas interesantes del poema, aumenta la pena de Dasaratha hasta el extremo de que exhalando tristes lamentos y llamando repetidas veces á su hijo, queda muerto repentinamente en el lecho conyugal. Describe el poeta el dolor de las mujeres de Dasaratha y de la población entera, que tiernamente le quería; la llegada de Bharata, á quien hace venir Vasista, que se encarga del gobierno; la indignación y sorpresa del joven príncipe al saber todo lo que ha pasado en su ausencia, y las violentas increpaciones que dirige á su madre Kekeyi, cuando esta acude á manifestarle lo que en su favor ha hecho. Toda esta parte del libro

abunda en bellezas de primer orden, y revela una vez mas la pureza moral y el delicado sentimiento que distingue al poema.

Verificados con gran pompa los funerales de Dasaratha, cuyo curioso é interesante ceremonial (muy semejante al empleado por los griegos y latinos) refiere minuciosamente el poeta, los ministros y consejeros ofrecen á Bharata la corona; pero este manifiesta su resolución de no aceptarla y de ir á buscar á su hermano para que se encargue del reino que de derecho le corresponde. Acogido con júbilo el proyecto por el pueblo, Bharata da órdenes apremiantes para que se prepare la expedición.

Dispuesto todo lo necesario, Bharata se pone en marcha, acompañado de sus ministros, de las reinas viudas Kekeyi, Kosalya y Sumitra, y de un ejército formidable compuesto de 10,000 elefantes de guerra, 60,000 carros de batalla y 100,000 caballos. Al llegar al Ganges, aquel rey Guha que dió hospitalidad á Rama, rinde iguales honores á Bharata, una vez desvanecidos los temores que al pronto experimentó á la vista de tan numeroso ejército.

Hay en este viaje de Bharata un episodio que recuerda la estancia de los soldados de Vasco de Gama en la isla encantada creada por Vénus (canto IX de *las Lusíadas*). Recibidos Bharata y sus soldados por el anacoreta Bharadvaja, dispone éste para obsequiarlos una suntuosa fiesta, de cuya dirección encarga á Visvakarma, el Vulcano de la mitología india. Todos los placeres que pueden halagar á los sentidos se ofrecen al punto á los soldados de Bharata; una lluvia de flores cae de los cielos; deliciosos conciertos se escuchan en los aires; suaves perfumes inundan el espacio; la tierra se cubre de lozana vegetación; palacios suntuosos, cuadras y establos magníficos para caballos y elefantes albergan al ejército; un primoroso alcázar en que el arte divino de Visvakarma ha reunido todas las comodidades y todos los placeres apetecibles, se destina para el príncipe y sus ministros. La exuberante imaginación del poeta concibe un verdadero país de Jauja, un paraíso de Mahoma por cuyas llanuras corren caudalosos ríos sobre cauces de leche cuajada y entre riberas formadas por celestes bálsamos y perfumes deliciosos. Treinta mil Apsaras (ninfas) « semejantes en esplendor al oro, flexibles como las fibras del Loto y tales que si una de ellas se apodera de un hombre, éste se vuelve loco de amor, » y treinta mil mujeres venidas de los bosques de Nandana acuden á deslumbrar con su belleza á los atónitos soldados de Bharata; los mejores músicos celestes, las mas hermosas bayaderas del paraíso cantan y danzan en presencia de Bharata; los mismos árboles del bosque toman la forma de mujer, y cada soldado, cada cortesano del príncipe de Ayodhya se entrega á los placeres del amor con cinco ó seis encantadoras ninfas. Añádase á tan pintoresco cuadro que los mariscos y variados alimentos saciaban el apetito de aquellos felices mortales, y que los árboles destilaban miel, los estanques eran de rom, los ríos de leche, las montañas de azúcar, y que por todas partes se veían montones de alimentos deliciosos, de vestidos magníficos y de preciosas joyas, y podrá formarse una idea de la exuberante cuanto sensual fantasía del poeta, y de la originalidad de este episodio, mezcla extraña de grandiosidad y de extravagancia, que pudiera denominarse *la epopeya de la sensualidad*.

Solamente una noche esta monstruosa orgía, y no es pequeño el esfuerzo que los jefes del ejército tienen que hacer para arrancar á sus soldados de aquel encantado paraíso. Negábanse, con efecto, á marchar, desobedecían todas las órdenes y como dice el poeta: « todos estaban ebrios y locos de vino y de amor. » Desvanecido el encanto al rayar la aurora, Bharata se despide del anacoreta y muy en breve llega á la selva en que habitaba su hermano.

Al ver Lakshmana el formidable ejército acampado á corta distancia de su retiro y distinguir el estandarte de Bharata (un árbol colocado sobre un elefante), queda sobrecogido de espanto. Rama desvanece los temores de Lakshmana y se prepara á recibir á su hermano, que llega acompañado de Satrugna y de Sumantra. Después de abrazarles tiernamente, Rama dirige á Bharata multitud de preguntas sobre el estado del reino, en que se contienen sábias y prudentes máximas de política y de moral. Refiérese entonces Bharata la muerte de su padre, y le manifiesta el objeto de su visita, que se reduce á suplicarle que acepte el trono que le corresponde de derecho.

La rectitud de Rama se revela de nuevo en su respuesta, enteramente igual á la que dió á su madre cuando le exhortaba á desobedecer las órdenes de Dasaratha. La ley inflexible del deber, hé aquí lo que opone á las proposiciones de su hermano. Después de esta entrevista se encamina al río Mandakini y celebra la ceremonia del agua lustral, como fúnebre tributo á la memoria de su padre.

Las viudas de Dasaratha, el jefe de los Brahmanes Vasista y los ministros y grandes del reino acuden á saludar á Rama. Después de las expansiones naturales del sentimiento, Bharata en un discreto discurso renueva sus proposiciones en presencia de todos; Rama contesta con una peroración notabilísima llena de profundas máximas. Hé aquí algunas frases de su discurso:

« El hombre aquí abajo no es libre en sus acciones ni dueño de sí mismo; el destino le arrastra á su antojo en el círculo de la vida... La muerte marcha con los hombres, con ellos se detiene y con ellos se vuelve

cuando han hecho una larga jornada... ¿Por qué lloras á otro? Lloras por tí, porque ora descansas, ora marches, tu vida sin cesar se consume... Regocijense los hombres cuando el astro del día se eleva sobre el horizonte, y no advierten que con él han caminado hácia el fin de su vida. Sienten placer los seres animados al ver la flor nueva que viene á reemplazar á la flor antigua en la renovación de las estaciones, y no conocen que al mismo tiempo corre su vida hácia su fin, pasando por las mismas transformaciones. Encuéntrense en el Océano dos maderos flotantes, júnctanse, quedan unidos por algún tiempo y se separan después para no reunirse jamás; así, esposas, hijo, amigo, riquezas, nos acompañan en esta vida por espacio de un instante y desaparecen luego, porque no pueden librarse de la hora que les destruye. Todo ser animado ha entrado en la vida con esta condición, y por tanto, todo hombre que llora á un difunto le dedica lágrimas que su muerte no merece. La muerte es una caravana en marcha; todo lo que respira está colocado en su camino y puede decirle: « Yo también seguiré mañana los pasos de los que te llevas hoy. » ¿Cómo, pues, ha de afligir al hombre infortunado un camino que existió antes que él, por el que pasaron ya sus padres y abuelos, que es inevitable y cuya necesidad es ineludible? El pájaro nació para volar, el río para correr con rapidez, el alma ha sido dada al hombre para someterla al deber... » Hay en este discurso, como se ve, un sentido fatalista que es inseparable compañero del panteísmo, y que se une á una concepción del deber moral tan rígida y de carácter tan absoluto como el *imperativo categórico* de Kant; á lo cual se une un estoicismo austero que recordaría la impasibilidad de los filósofos del Pórtico, si no recordara la resignación fatalista de los sectarios del Corán.

Convencido Bharata de la inutilidad de sus esfuerzos, consiente en encargarse del reino. Vasista entonces dice á Rama que entregue sus zapatos á Bharata; hácelo así, y Bharata los coloca sobre su cabeza, hace á Rama una respetuosa reverencia y se retira con su séquito. Esta entrega de los zapatos no es otra cosa que la ceremonia de la investidura, que hallamos establecida en la sociedad feudal de la Edad Media; nuevo dato que, unido á otro que hemos indicado anteriormente, muestra las relaciones íntimas que existen entre la civilización india y la civilización germánica.

Vuelto Bharata á Ayodhya, anuncia su intención de ejercer el gobierno provisionalmente hasta el fin del destierro de Rama, y ordena en prueba de ello, que los zapatos de este sean colocados en el trono, y que en nombre de ellos se promulguen las leyes, retirándose él á la ciudad de Nandigrama, donde establece su corte y donde se presenta vestido del hábito de penitente.

Concluye aquí el segundo libro de la epopeya, y con él lo que pudiéramos llamar exposición del poema. La acción comienza verdaderamente en el tercer libro y con ella la serie de maravillosas aventuras que la constituyen y que en modo alguno tienen el interés humano, la inimitable belleza y el movimiento dramático de los episodios que encierra el libro que acabamos de exponer, sin duda el mas bello é interesante de toda la obra.

IV.

Continuando la comenzada exposición del gran poema á cuyo exámen consagramos estos artículos, necesario es que demos cuenta del contenido del tercer libro, llamado *de los Bosques*, por los indianistas.

Deseoso Rama de abandonar el paraje en que vió á su hermano, y secretamente impulsado por su destino, resuelve ponerse en marcha hácia el bosque Dandaka, á pesar de la repugnancia de su esposa. Tras larga jornada llegaron los viajeros á un sereno lago, de cuya límpida superficie salen sonoros cánticos y concertadas armonías, cual si divina orquesta se encontrara debajo de sus aguas. Sorprendido Rama, pregunta á un ermitaño que allí se hallaba la razón de tan extraño suceso, á lo que este responde refiriendo la siguiente leyenda:

Aquel lago, llamado de las cinco Apsaras se debe á un ilustre anacoreta, de nombre Mandakarni. Diez mil años de incesante penitencia le dieron poder tan extraordinario, que los dioses llegaron á temer que usurpara su puesto. Acudiendo entonces al recurso que en otro tiempo adoptaron para vencer la virtud de Visvamitra, enviaron á la tierra cinco seductoras Apsaras, con encargo de impedir la persecución de la penitencia á que Mandakarni se entregaba. Fácilmente consiguieron su objeto las hermosas ninfas; Mandakarni se entregó á las delicias del amor, y para recreo de sus adoradas creó debajo de las aguas del lago un maravilloso y encantado palacio, donde con ellas se entrega á las delicias del amor y donde regalan sus oídos las celestes armonías que suspendieron á Rama. Tal es la leyenda singular, harto semejante á muchas que en caballerescos libros se encuentran, referida por el ermitaño al penitente hijo de Dasaratha.

Por espacio de largo tiempo habita este diferentes ermitas, dedicándose á piadosos ejercicios y recibiendo provechosas enseñanzas en su frecuente trato con los mas santos anacoretas. Por último, resuelto á

fijarse definitivamente en un lugar agradable, se dirige á la comarca de Pantcharati, donde establece su residencia, por consejo del anacoreta Agastya. Entonces se ofrece á servirle y á guardar á su esposa el famoso buitre Djatayu, hijo de Garuda, hermano de Sampati y nieto de Syeni.

En este punto puede decirse que comienza la acción del poema, pues aquí se inicia la lucha entre Rama y los Rakshasas. Cierta Rakshasa hembra (Rakshasi) llamada Surpanakha y hermana de Ravana se enamora de Rama y resuelve seducirle. Ocultando sus formas repugnantes bajo un agradable aspecto (1), acércase al príncipe, y después de decirle que es la hermana de los jefes Rakshasas Ravana, Vibhishana, Kumbhakarna, Khara y Dushana, le requiere de amores, rogándole que le permita devorar á Sita, cuya belleza había excitado su voracidad (2). Burlándose de ella, rechaza Rama sus pretensiones y la aconseja que se dirija á Lakshmana; pero rechazada igualmente por este, monta en cólera y se arroja sobre Sita con ánimo de devorarla. Lakshmana acude en socorro de su cuñada, y apoderándose de la Rakshasi la corta la nariz y las orejas.

Surpanakha se presenta ensangrentada ante su hermano Khara pidiendo venganzas. Furioso este da orden á catorce demonios de que al punto den muerte á los que han mutilado á su hermana. Vuelan estos al bosque y atacan á Rama y á Lakshmana; pero después de encarnizado combate, caen muertos á manos del héroe.

Al saber la derrota de los suyos, Khara resuelve ir en persona á luchar contra el hijo de Dasaratha. Monta en su magnífico carro cuajado de ricas joyas y tirado por vigorosos corceles, y poniéndose al frente de sus tropas se dirige contra Rama.

A partir de este episodio el carácter fantástico del poema se va acentuando hasta el extremo de parecer en ocasiones un cuento de las *Mil y una noches*, ó un capítulo del *Amadis de Gaula*. Rama aparece á los ojos del lector como uno de aquellos fabulosos paladines de la Edad Media que lo mismo desbarataban un ejército, que rebanaban la cabeza de una docena de gigantes. Bajo sus flechas maravillosas, flechas ardientes que llevan consigo el temor por doquiera, y que después de herir al enemigo vuelven á la aliaba de su señor, caen ejércitos formidables, sin que uno solo de sus golpes deje de herir mortalmente á un enemigo. El carácter sobrenatural del protagonista del *Ramayana* se revela ante todo en los combates, pudiéndose decir de él con un escritor moderno (Lernormant) que mas tiene de taumaturgo que de guerrero. Estas exageraciones que asimilan el poema á los libros de caballería ceden en menoscabo de sus méritos y hacen decaer su interés á partir del libro que examinamos. Pero si el lector halla no poco fastidio en semejantes narraciones, el crítico reporta provecho, porque ellas indican claramente cuál sea la filiación de la literatura caballeresca, cuyos precedentes, raramente buscados en lo clásico, tiene su natural asiento en las producciones de la poesía sanscrita. Basta comparar un capítulo de cualquier novela caballeresca con la obra que estamos examinando, para reconocer la verdad de nuestro aserto.

Después de un combate formidable el ejército de Khara es derrotado por Rama y Lakshmana. Khara, su hermano Dustana, el bravo guerrero Trisivas y 14,000 Rakshasas perecen á manos del héroe entre los aplausos de los dioses que desde los cielos contemplan el combate (3).

Surpanakha se presenta ante el monarca de los Rakshasas á comunicarle tan infaustas nuevas, y á aconsejarle que dé muerte á Rama y á Lakshmana y robe á Sita. Ravana promete seguir el consejo y se pone en marcha sobre su maravilloso carro de oro, cubierto de banderas, dotado de movimiento propio y arrastrado por horribles monstruos cuyo cuerpo es de asnos y cuyo rostro es de vampiros. De esta suerte llega á una ermita habitada por el Rakshasa Maritcha, que se hallaba entregado á la penitencia.

Comunica Ravana sus proyectos á Maritcha, y le ordena que, transformado en gacela, distraiga á Rama y su hermano en tanto que él roba á Sita. Juiciosos reparos opone Maritcha á tan criminal proyecto; pero sus acertadas observaciones se estrellan en la tenacidad de Ravana que concluye por montar en cólera y amenazarle con la muerte si se niega á cumplir sus mandatos. Atemorizado Maritcha consiente en obedecerle, dirigiéndose ambos en seguida á la ermita de Rama. Allí se transforma Maritcha en gacela de oro, matizada con manchas de plata, adornada con flores de loto, esmeraldas y lapislázuli y ostentando en su cabeza cuatro cuernos de oro rodeados de perlas. Al ver al hermoso animal, Sita, llena de asombro y curiosidad, manifiesta á su esposo el placer que tendría en apoderarse de la gacela. Rama fácilmente consiente en cazarla; no así Lakshmana, á quien el extraño aspecto del animal revela su verdadera naturaleza. Manifiéstalo así á su hermano, advirtiéndole que el demonio Maritcha suele tomar aquella forma para devorar á los hombres, y haciéndole notar que no ha-

biendo en la naturaleza gacelas de oro, la que ante su vista se presenta debe ser creación de la magia ó disfraz de un maléfico genio. Sita, que á pesar de sus buenas cualidades era caprichosa como todas las mujeres, insiste en apoderarse de la gacela; su esposo complaciente y débil por extremo, que nunca hubo Eva sin Adán, decidese á cazar el animal fantástico, sea ó no creación mágica, y se lanza en su persecución. Vertiginosa carrera emprende entonces el disfrazado demonio hasta lograr su objeto de apartar á Rama del lado de su esposa; pero su mala estrella le hace ser al cabo alcanzado y herido mortalmente. Al caer en tierra pierde su fantástica forma, apareciendo su verdadera figura; mas deseoso de servir á Ravana aun en la muerte, lanza angustioso grito en demanda de socorro, imitando la voz de Rama, con la mira de que Lakshmana acuda y Sita quede abandonada. Entonces comprende Rama que ha caído en un lazo, y vuelve precipitado al lugar en que se encuentra su esposa.

Pero la astucia del moribundo demonio ha producido su efecto. Al oír Sita el grito de su esposo, exhorta á Lakshmana á que acuda en su auxilio; niega este á dejarla sola, asegurándole que Rama es invencible y que no necesita de su ayuda. Esta actitud de Lakshmana despierta en Sita injusta sospecha: al ver la indiferencia de su cuñado piensa que acaso enamorado de ella deja perecer á Rama para sustituirle en el lecho nupcial. Dícelo así á Lakshmana la imprudente princesa; contesta este en términos enérgicos y duros, pero la obedece y parte en socorro de su hermano.

Apenas queda sola la esposa de Rama cuando aparece ante ella Ravana bajo la forma de un anacoreta mendicante. A su terrible aspecto la naturaleza queda sobrecogida por el espanto: inmóviles permanecen todos los seres, el viento reprime su aliento, el río Godarasi detiene su curso y huyen atemorizados aves y cuadrúpedos. Diríjese Ravana á Sita con frases halagadoras y confiantes: la confiada mujer se apresura á tributarle los honores de la hospitalidad y le refiere su historia. Arroja entonces el demonio la máscara y revela su verdadera condición y nombre abandonando su mentido aspecto y presentándose en toda su horrible fealdad. En vano Sita le rechaza colérica, en vano con angustioso acento pide socorro. Lánzase Ravana sobre ella, sújtala entre sus nerviosos brazos, y montando en su carro pronto hiende los aires con su presa.

A los gritos de la robada acude el buitre Djatayu y entabla con Ravana desesperada lucha en que á los golpes de sus corvas garras y acerado pico parece el cochero, sucumben los siniestros corceles y el dorado carro cae en pedazos. Desciende á tierra Ravana y trava con el buitre singular combate, funesto para Djatayu, que sucumbe á los golpes de su enemigo, perdiendo en la lucha las alas y los pies. Vuelve entonces el vencedor á apoderarse de Sita y lánzase á los aires en medio de la consternación del mundo entero. ¡*El crimen se ha consumado!* dice el supremo ser, el mismo Brahma, al contemplar el vuelo de Ravana.

Al pasar en su rápida carrera por encima del monte Rishyamuka, Sita alcanza á ver cinco monos en lo alto de la montaña. Arroja entonces á los pies de estos todas sus joyas, presumiendo que habrán de referir á Rama lo que han visto. Por fin llega Ravana á su ciudad de Lanka y confía la guardia y el servicio de Sita á las mas valerosas entre las Rakshasis.

Este episodio importantísimo, cuya semejanza con el rapto de Proserpina es harto manifiesta, está narrado con arte exquisito por el poeta. Nada mas poético que la descripción del dolor de Sita, de la lucha de Ravana con el buitre, del llanto de todos los seres.

La concepción fatalista que domina en el poema, aparece aquí en toda su fuerza. Brahma no oculta su regocijo, y así lo manifiesta á Indra, asegurándole que el rapto de Sita se ha verificado para bien de los tres mundos, porque él ha de ser ocasión de la guerra que pondrá fin al poderío de Ravana. Encarga al propio tiempo al dios que vaya á consolar á Sita y á llevarla de su parte un vaso de manteca clarificada. Hácelo así Indra, y acompañado del Sueño que se encarga de adormecer á las guardias de Sita, penetra en el aposento de esta, la consuela y fortalece, la entrega el presente de Brahma y la predice todo lo que ha de suceder á consecuencia del crimen de Ravana.

Entre tanto, Rama y Lakshmana buscan sin darse momento de reposo á la infortunada Sita. El primer objeto que se ofrece á sus ojos, es el ensangrentado cuerpo del buitre Djatayu. Al verle Rama, imagínase que él ha sido el raptor de su esposa, y ciego de furor prepárase á dispararle mortal flecha. Pronto, sin embargo, se desvanecen sus sospechas al escuchar de los labios del pájaro la narración verdadera del suceso; entonces trata de socorrer al herido, pero en vano; el buitre exhala el postrimer suspiro. Rama y Lakshmana le rinden los últimos honores, y el alma del rey de los buitres se remonta á las regiones inmortales que habitan los bienaventurados. De tal suerte confunde el panteísmo indio los órdenes todos de la creación, dotando de inmortalidad, de inteligencia y palabra á los animales como á los hombres: concepción grosera que encierra, sin embargo, sentimiento lejano de la verdad filosófica.

(Se continuará.)

Concurso regional de Nevers.

Hace largos años que la ciudad de Nevers no había llamado á sus muros tan extraordinaria afluencia de visitantes como la que acaba de verse con motivo del concurso. A fin de dar mayor brillo á esta festividad, la administración municipal resolvió agregar al concurso agrícola tres exposiciones, de Bellas Artes, de Industria y de Horticultura, con un festival en el que debían tomar parte 600 músicos. Exhibiciones y festival, todo ha estado brillante.

El parque daba á los animales y á las máquinas el pintoresco abrigo de sus hermosas arboledas; y el mercado, transformado en palacio, recibía la exposición industrial.

La horticultura se había instalado delante de las Casas Consistoriales, á cuyo pie se formaba un jardín bellissimo. A los dos lados había una gran colección de arbustos de hojas persistentes, y en el fondo una vasta rotunda servía para las plantas delicadas. Allí ostentaban las producciones exóticas los esplendores de sus follajes aterciopelados, ó el lujo deslumbrador de sus corolas. Finalmente, había una sala especial para las flores en ramillete, las frutas y hortalizas.

La formación de una sociedad nivernesa de horticultura ha sido el coronamiento de esta brillante exposición.

La horticultura engalanaba el piso bajo de las Casas Consistoriales, y en el principal estaban las artes.

Muchos de los cuadros habían figurado ya en las exposiciones parisienses; pero también se admiraban obras inéditas. Citemos algunos nombres de los mas notables:

En el *paisaje*, MM. Harpignies, Justin Ouvrie, Emile Breton. Paul Flandrin, Normand de Saint-Marcel, Guillon, Lansyer, Ortmans, Rapin, Appian, Baudit. — Las *marinas* estaban representadas por MM. Gudin, Feyen-Perrin, Jongkind, Kuwasseg. — El *género* y la *figura* por MM. Patrois, Antony Serres, Luminais, Laborne, Bellangé, Foulongne, Victor Zier, Berthon. — La *pintura religiosa*, por M. Doze. — El *natural*, por MM. Couder, Lansyer, Viola. — La *aguada* y el *pastel*, por MM. Adolphe Huas, Escot, Bataille, Foulongne Valerio. — Las *aguas fuertes* y el *dibujo á la pluma*, por MM. Maxime Lalanne, Lalanze, Gaston Coindre.

Las obras de escultura son escasas, y apenas podemos citar otros nombres que los de Gautherin, Boisseau y Cougny.

El eminente artista M. Hector Hanoteau tenía varias obras magistrales que eclipsaban todo lo restante de la exposición, entre otras la *Antigua Fragua*, en Guerigny, y la *Casa de la cardadora*, cerca de Briet.

Deberíamos mencionar los nombres de varios pintores niverneses de reconocido talento; pero estos artistas, miembros de la comisión de organización y del jurado de examen, se declararon espontáneamente fuera de concurso para las recompensas, y nosotros respetaremos hasta el fin su desinterés y su modestia.

R. S.

Catástrofe

EN EL FERRO-CARRIL DE BARCELONA Á VALENCIA.

En la noche del 8 al 9 de setiembre ha ocurrido un gran accidente de ferro-carril en España, escena horrible que representa nuestro dibujo de la página 253. La relación mas completa de la catástrofe que tenemos á la vista es la de un periódico local, el *Diario de Zaragoza*, que dice así:

«Durante la mañana de ayer circuló en esta ciudad la grave noticia de que un tren de la línea de Valencia á Tarragona, al cruzar un puente entre Hospitalet y Admetlla, se había caído con este, pereciendo la mayor parte de los pasajeros. La noticia no estaba destituida de fundamento: el tren que la noche del domingo último salió de esta ciudad á cosa de las nueve, en el que iban mas de sesenta pasajeros, procedentes muchos de estos de Barcelona, y entre los cuales se contaban el general segundo cabo de este Principado y el general don Fulgencio Smichd, cuando iba á cruzar el puente de San Jorge situado entre las estaciones de Hospitalet y Admetlla y recorría el terraplen contiguo, faltóle el terreno cayendo en un barranco la máquina y tras de ella todos los wagones en la mayor confusión, y chocando unos con otros de una manera horrible. La noche estaba tempestuosa; se dice que las aguas de estos últimos días habían socavado el terraplen, batidas por otra parte por las del mar, que no permitían su circulación; serían las doce de la noche y todos los coches, inclusa la locomotora, y á excepción del furgon, habían caído revueltos en el agua del barranco.

No pocos pasajeros murieron desde luego, y de resultas del aplastamiento que sufrieron varios coches; otros se ahogaron en las aguas del barranco que venia muy cadaloso, y algunos fueron arrastrados al

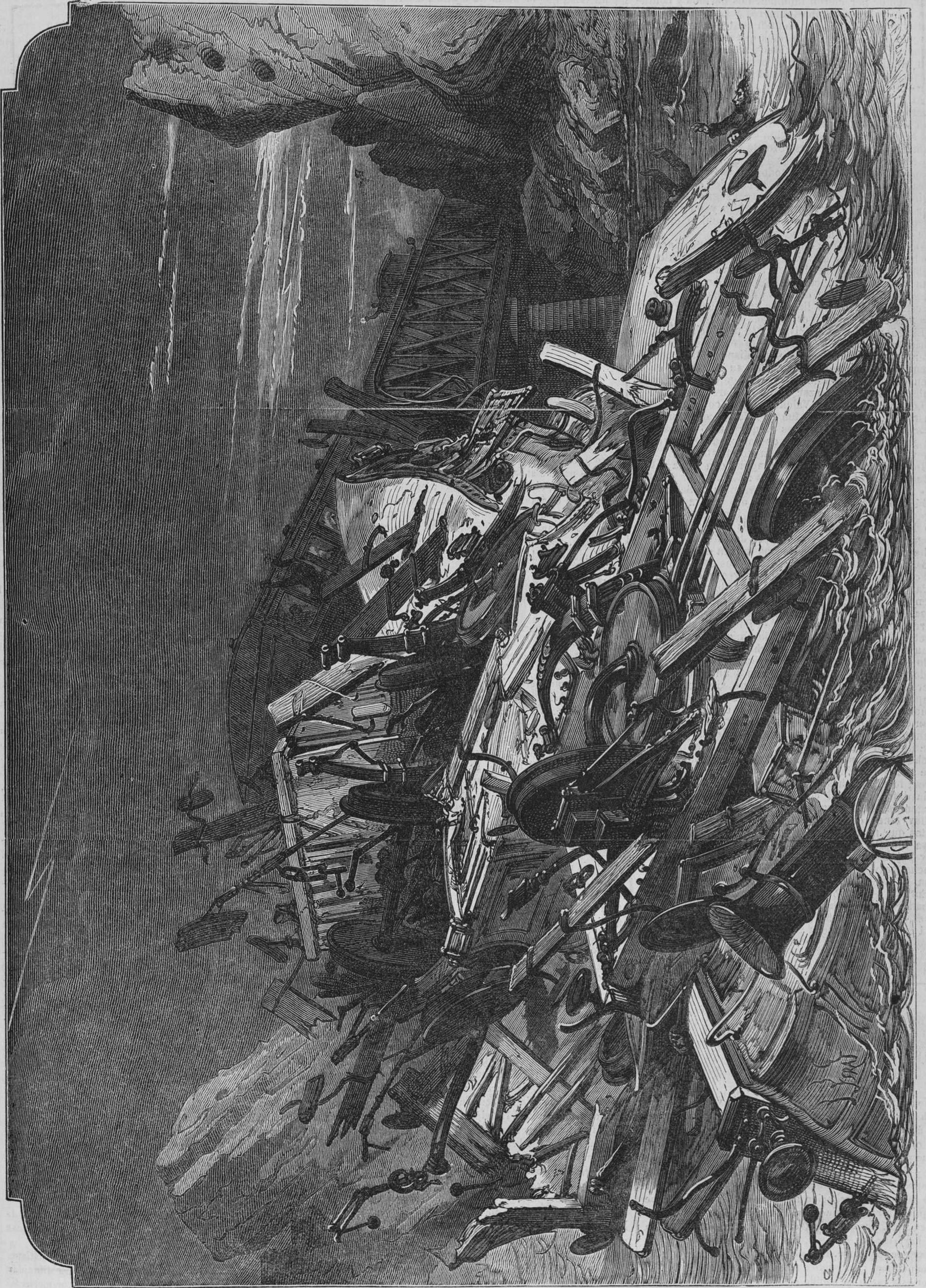
(1) Los Rakshasas podían cambiar de forma á su voluntad.

(2) Los Rakshasas eran antropófagos. ¿Lo serían los negros de la India?

(3) Nótese que los Rakshasas eran mortales; señal indudable de su naturaleza humana.



CONCURSO REGIONAL DE NEVERS. — Bellas Artes, Agricultura, Horticultura, Industria.



ESPAÑA. — Catástrofe de Tortosa en el ferro-carril de Barcelona á Valencia.

mar, donde perecieron tambien. Los heridos y contusos son en considerable número, y pocos los ilesos. Entre estos últimos se cuentan cuatro guardias civiles y el dependiente de la línea que iba en el guardafreno. De estos cinco individuos se cuenta que hicieron prodigios de valor para salvar á los pasajeros, mayormente durante tres ó cuatro horas que estuvieron sin otro auxilio.

Al llegar aquí en esta relacion, nos dicen por conducto autorizado que los heridos son 23, los cuales han sido trasladados á Tortosa. Respecto á muertos, á las seis de la tarde habian sido sacados tres y se descubrieron doce entre el destrozo de los coches, creyéndose que eran muchos mas los que no se veian. Se sospecha que han muerto todos los del coche de tercera clase, que se encuentran aplastados entre la máquina y el resto del tren. El general segundo cabo señor Andía ha salido contuso; un hijo y un ayudante suyo ilesos. Dentro de un coche se descubre el cadáver del general Schmid.

De seis empleados de la vía han muerto cinco. El coche-correo se ha salvado. Los trenes procedentes de Valencia han traspasado en aquel punto, y en ellos han venido unos pocos heridos que han regresado á sus casas. Cuéntanse detalles que hacen estremecer; la estación ha estado llena de gente durante todo el día y la consternacion es grande.

El señor gobernador civil de la provincia salió con varios médicos para dicho punto en la mañana de ayer, y continúa allí dando las disposiciones convenientes. Solamente ha regresado su secretario en el tren que llegó anoche á las ocho, y como es consiguiente, no pudo enlazar con el de Barcelona.

Los trenes de esta á Valencia suelen conducir pocos pasajeros, y el domingo fué uno de los días que desgraciadamente llevaba mas el que sufrió la terrible desgracia de que acabamos de dar cuenta, esperando nuevos detalles que no serán menos tristes. »

De una carta escrita en Tarragona con fecha del 9, tomamos los siguientes párrafos :

« El sitio del accidente es el terraplen de San Jorge, á 14 kilómetros de Hospitalet y 3 ó 4 de Ampolla; las aguas han formado una cortadura inmediata al estribo derecho, que ha dejado los rails suspendidos, y al llegar el tren-correo, con el peso de este se han roto y ha caído verticalmente de una altura de 8 á 10 metros, reduciéndose á astillas todos los coches de que se componia, excepto el coche-correo y el furgon de cola. La máquina ha ido á parar al barranco, pereciendo el maquinista y el fogonero; el furgon de cabeza, muy destrozado, está volcado en el cauce del barranco, habiendo perecido el jefe de tren, el conductor de equipajes y el brigada, únicas personas que iban en él; seguía luego un coche de tercera, del que solo queda el herraje y del que no creo se haya salvado persona alguna; venia despues un coche de primera clase, del que se salvaron un viajero que era empleado de la compañía é iba en el reservado de señoras, el general Andía, su hijo y un ayudante que iban en el departamento del centro, y algun otro, habiendo muerto el general Schmid y demás personas que iban en el departamento de detrás. Seguía á este coche y cayó encima de él uno de segunda clase, del que sanos ó heridos se han salvado casi todos los viajeros; lo propio ha ocurrido en el de tercera que seguía detrás y en el coche-correo que iba antes del furgon de cola, único que ha quedado en la vía.

Hay cinco cadáveres extraídos, siete ú ocho mas vistos que no han podido aun sacarse, y se presume haya todavía alguno mas enterrado y aun no visto. Hay veinte y tantos heridos, de ellos cinco ó seis de mucha gravedad; todos han sido trasladados á Tortosa. »

Entre los muertos se cita el general Schmid, á un caballero de nombre Ezpeleta, y á dos viajeros franceses, y entre los heridos al general Andía, que lo está en un pié, de poca gravedad.

X.

Revista de Paris.

No salimos de agitaciones políticas. En vano el gobierno ha prohibido los banquetes públicos, pues se organizan á puerta cerrada y en ellos se pronuncian discursos que escriben los taquígrafos, que publican los periódicos y que ponen en conmocion á los que desean la tranquilidad y el orden. Es verdad tambien que la Francia se encuentra como una persona en estado de convalecencia que todo ruido, toda excitacion irrita sus nervios: diríase que no quiere otra cosa sino el silencio, la calma inalterable. Ahora bien, en el sistema de gobierno provisional ó no que hoy rige sus destinos, esa quietud eterna es punto menos que imposible. Las cuestiones políticas son del dominio público, y en público se discuten y se dilucidan.

Por esta razon ha habido muchos, hasta entre los amigos del gobierno, que han censurado la rigorosa disposicion de prohibir los banquetes de un modo tan absoluto,

pues veian que de un modo ú otro los torrentes de la elocuencia radical hallarian un medio de abrirse camino, y esto es lo que sucede actualmente.

El orador mas abundante y bullicioso de estas reuniones, perseguido en todos los lugares donde le llamaban sus correligionarios políticos, ha encontrado por fin una coyuntura favorable, y ha pronunciado un discurso de mas de dos horas en Grenoble, que es el acontecimiento del día. Con efecto, el discurso es importante, porque contiene nada menos que una declaracion de guerra contra la Asamblea nacional y contra la República conservadora. Gambetta no ha hecho pues, el elogio de M. Thiers en Grenoble, y por consiguiente se consideran sus palabras como una manifestacion de rompimiento con el gobierno, siendo así que se le creia muy adicto.

El futuro dictador, como le llaman sus enemigos, se exaspera con la idea de que los partidos monárquicos que, á su juicio ha condenado el país, se reunan hoy para fundar una República liberal y constitucional y califica semejante plan de innoble comedia. Esto en forma de aviso á sus amigos.

Es decir, los republicanos somos nosotros, los de nuestro color político, y ha llegado la hora de combatir á los que toman aquella máscara para ocupar nuestro puesto.

Y trazando el cuadro de la situacion como aparece á sus ojos, añade lo siguiente :

« Llegamos á contar con la unanimidad en Francia; y así es muy probable que cuando el Parlamento se reuna de nuevo en Versalles, tendrá algunas veleidades de trasladarse á Paris, á fin de marcar bien el estado de la conversion de todos. Lo cierto es que al volver á Versalles esos nuevos convertidos dirán: No debemos perder un minuto para constituir la República. Y constituirán la República porque saben muy bien, que no solo la disolucion está próxima, sino que está hecha; porque saben que la disolucion está ahí esperándoles como un sepulturero detrás de un cadáver, pronto á arrojar las palas de tierra sobre esa Asamblea de Versalles, y si no apreciaran así la situacion, podeis creer que no celebrarían ese matrimonio forzoso con la República. »

La conclusion del discurso es un ataque á fondo contra el poder de la Asamblea nacional; véase este párrafo :

« Ahora me permitireis decir que no le hace nada que esperemos algun tiempo mas, que dejemos pasar algunos meses, porque la cuestion no está ahí: no tenemos nada que hacer, nada que intentar con los hombres de Versalles y debemos volver la vista al sufragio universal; el sufragio universal va á tomar la palabra y él anunciará la derrota de esos últimos vestigios de la reaccion, él enviará una mayoría republicana á Paris, á ese Paris donde se reunirá la representacion nacional, á ese Paris que han querido herir y ultrajar despues de no haber sabido defenderle; á ese Paris que se puede separar del resto de la nacion y ofender é injuriar; pero que no ha perdido nunca la confianza de la Francia, pues cuantas veces se pronuncia su nombre en las provincias, otras tantas le saludan como la cabeza y el corazon de la patria. »

Estos ataques á la Asamblea y al gobierno han causado en Paris un sentimiento de estupefaccion en el primer momento, porque se creia sinceramente que el hombre que acababa de recomendar la moderacion en Chambery, estaba bien decidido á seguir esa línea de conducta; pero á medida que se reflexiona, se comprende que Gambetta no podia menos de abandonar un día ú otro ese papel de conservador, que no era otra cosa en él que pura comedia, para emplear su mismo término. No; la moderacion entre sus correligionarios no se entiende; mas aun: de seguir recomendándola con mas empeño, es de creer que el ídolo habria caído de su pedestal, y la popularidad extraordinaria de que hoy disfruta se habria desvanecido completamente.

Pero sea como quiera, el suceso es grave; nos presagia, por lo menos, tormentas parlamentarias muy temidas, y hé aquí por qué se preocupa tanto la opinion pública.

Y á la verdad, el espectáculo que da el agitador político recorriendo la Francia en todos sentidos, es singular por todo extremo. El telégrafo nos da cada día cuenta de sus excursiones, de su recibimiento en los pueblos, de sus discursos y sus brindis. Hoy habla en una ciudad de Francia, mañana en una ciudad á las puertas de Suiza.

Con efecto, las últimas noticias nos señalan su presencia en las fronteras de ese país tan admirado por los republicanos europeos.

El 30 de setiembre, dicen las correspondencias, todas las horas salian de Ginebra vapores cargados de viajeros que llegaban á ver y á oír á Gambetta á su paso por las márgenes del Lemán.

Se calcula que asistían tres mil personas á la fiesta.

El orfeon de Thonon y el comité organizador de los festejos, recibieron á Gambetta victoreando á la República.

En la plaza de las Artes habia una porcion de mesas

cargadas de botellas, para ofrecer el vino de honor á las diputaciones de la Suiza.

Los presidentes de las sociedades formaban corro en torno del viajero; cada uno de ellos le dirigia un discurso y recibia su correspondiente respuesta.

No hay para qué decir que Gambetta hizo con toda justicia el elogio de la Suiza, que ha conquistado la libertad mediante el trabajo, « pueblo heroico, dijo, que en todos tiempos ha sabido mostrarnos la fuerza del amor á la patria por sus costumbres republicanas, y el cual tiene su recompensa en la felicidad que solo puede dar la República. » Las sociedades suizas le presentaron una copa para que brindara á la amistad de los dos pueblos.

En la tarde del mismo día las sociedades suizas y las del canton de Thonon le dieron una serenata, y seguidamente recibió una diputacion de los alsacianos y lorenos domiciliados en Suiza.

Gambetta dijo á estos diputados :

« Es un consuelo en medio del luto y de esta horrible tristeza, el poder hablar con compatriotas de los que han sufrido la suerte mas cruel; pues si hay en alguna parte un país que sea francés, que tenga en la historia un papel nacional, que posea títulos de nobleza patriótica, es la Alsacia, es la Lorena. Mas de una vez ha soportado la guerra, y todos los furores de la invasion; pero constantemente, que el enemigo viniera del Norte ó del Mediodía, bastábales saber á la Alsacia y á la Lorena que el enemigo estaba en territorio de Francia, para correr á combatir con todos sus hijos. »

Por último, á las diez de la noche hubo un espléndido banquete en el hotel del Monté Blanco, que dió ocasion á un nuevo discurso.

Gambetta halló acentos verdaderamente inspirados para enaltecer á la Francia. Dijo que la Francia ha combatido por todos los pueblos de la Europa y del mundo, que ha pagado con su sangre la fortuna y la felicidad de las demás naciones, y que en la paz, no menos gloriosa que en el combate, la Francia da al mundo sus legiones de escritores, de poetas y de artistas. Con orgullo se llama ciudadano francés, y considera que la Francia es la mejor patria que un hombre libre pueda desear para el honor y el progreso de la inteligencia humana.

Debemos interrumpir aquí este análisis de una epopeya realmente notable. Gambetta es el héroe del día: Paris no se ocupa mas que de sus viajes, de su nueva actitud ante el gobierno existente, de su seguridad en el porvenir y de sus amenazas. Es la cuestion palpitante y por lo tanto merece todos los honores de la crónica.

Sin embargo, reservemos el espacio que nos queda para echar una ojeada á los teatros parisienses.

En el Francés se ha estrenado un drama en tres actos de M. Jorge Richard, titulado: *les Enfants*, inspirado evidentemente por los problemas del repertorio de Alejandro Dumas.

Es la sempiterna cuestion del hijo natural abandonado, y que reconoce como padre verdadero no al que prescindió de sus deberes, sino al que le crió, le educó y le hizo hombre.

¡Triste tenacidad de los autores dramáticos que por desenvolver sus tesis filosóficas, nos presentan siempre el cuadro de esas existencias irregulares!

En la nueva comedia vemos una familia en esas deplorables condiciones.

M. Pellegrin vive hace mas de veinte años con una mujer que todo el mundo considera como su esposa legítima y que no lo es.

Este matrimonio ilícito tiene dos hijos, Mauricio y Lucía; pero el primero no es hijo de Pellegrin, es fruto de los amores de la mujer que llama su esposa, antes de conocerle.

Con efecto, Margarita, que tal es su nombre, dió oídos á un seductor, que se apresura á abandonarla, al saber el nacimiento de Mauricio.

De todos modos, Mauricio posee el cariño del hombre á quien cree su padre, como lo sabemos en el momento en que aparece en escena, siendo ya un jovencito de provecho, que sale con el mayor lucimiento en todos sus estudios.

El cariño del supuesto padre es tal, que desea legítimar su union con Margarita, no solo por Mauricio, que pronto será un hombre, sino tambien por Lucía, que muy luego se hallará en edad de tomar estado.

Pellegrin quiere hacer ahora lo que habria podido efectuar hace veinte años: casarse con la mujer á quien ha amado toda su vida.

Mas hé aquí que de repente y cuando está á punto de celebrarse la boda, se presenta el seductor á complicar aquel sencillo desenlace de la comedia.

Sobre esta presentacion cesa la intriga; ya no asistimos á una accion dramática, sino á un debate para dilucidar la gran cuestion que hemos señalado en las primeras líneas.

La ley quiere que el seductor sea el padre de Mauri-

cio; pero la conciencia se opone, y da todos los derechos de tal al segundo amante de Margarita.

Así juzga el autor en beneficio del padre adoptivo.

No acertamos á comprender cómo en el primer teatro de París se ponen en escena tales obras, que no se recomiendan ni por su moralidad, ni por sus condiciones dramáticas, y ni siquiera por su mérito literario, pues esta de que tratamos está plagada de pormenores triviales, de declamaciones huecas, de escenas completamente inútiles.

Sin embargo, queda el talento de los actores, que, aunque se mueven en el vacío, suelen encontrar efectos conmovedores, como Got en el papel de Pellegrin, que caracteriza de un modo admirable.

El teatro del Gimnasio, mientras ensaya la última producción del malogrado M. Leon Laya, que hemos anunciado ya á nuestros lectores, compone el espectáculo con piezas nuevas en un acto, algunas de ellas interesantes.

Entre estas se cuenta un juguete en un acto, titulado *Una hora en la estacion*, de M. Jules Guillemot, basado en una idea muy original y muy exacta.

Se trata de un joven matrimonio, que á consecuencia de un altercado doméstico, resuelve separarse.

Ahora bien, el mejor medio para que la separacion sea una realidad, es abandonar París, emprendiendo un viaje largo.

El marido, para huir de su mujer, se decide á establecerse en Ginebra; en tanto que la mujer, dominada por el mismo pensamiento, quiere alejarse de París, con direccion á Italia.

Con efecto, hacen sus cofres y se encaminan á la estacion del ferro-carril; pero allí se encuentran, la hora que deben esperar les da tiempo para entrar en explicaciones, y al cabo de ellas, en lugar de emprender las proyectadas expediciones, se vuelven reconciliados á su domicilio.

Tambien merece nuestra atencion un drama en un acto, *Pedro Maubert*, de M. Adriano Decourcelle, perteneciente al mismo teatro del Gimnasio.

Puesto que hemos dicho drama, ya sabemos á qué atenernos, ya sabemos que el adulterio será el fondo de la fábula.

Es el gran asunto de actualidad de los autores franceses.

Engañado por su esposa, Pedro Maubert medita una venganza.

¿Cuál será esta? ¿Tendremos puñal ó revolver?

No, una circunstancia particular nos evita estas extremidades de brocha gorda.

Pedro Maubert ha descubierto que en la familia del seductor de su esposa ha habido distintos casos de locura, y juzga que su infame amigo debe tener predisposicion á la demencia, que quiere aprovechar haciéndole una revelacion terrible. Efectivamente, el hombre pierde el juicio; y la mujer criminal muere de desesperacion cuando se ve perdida.

En ambas piezas se distinguen sobremanera los actores del Gimnasio, principalmente en la última, desempeñada por los señores Landrol y Pujol, y la dramática señorita Pierson.

MARIANO URRABIETA.

Romances americanos

POR CARLOS WALKER MARTINEZ.

LA VESTAL AMERICANA.

(Continuacion. — Véase el N^o 4,030).

» ¡Hija del Misti, despierta!...
¡Vuelve á la luz de la vida,
Vuelve al mundo!...
¡Cuando llaman á tu puerta,
No dejes la voz perdida
De un moribundo!

» ¡Rompe tus malditos lazos;
Desciende, Cintah, á los brazos
De tu amante!
¡Ven, de mi quena al sonido,
Mi dulce dueño querido,
Ven al instante! »

Sintióse un rumor, y luego
Se oyeron hajos, muy bajos,
De ambos felices amantes
Los ecos enamorados,

Y algunas breves palabras
Que los céfiros llevaron,
Celosos, tal vez, celosos
De los murmullos del lago.

Mas, no levante el poeta
El dulce, amoroso manto
Que cubrió aquellas escenas
De ardientes, tiernos halagos...

Guarde el ángel del misterio
Amores tan solitarios
Que á la luz de las estrellas
Dos almas se consagraron.

V.

Terribles eran las leyes
Que á las castas escogidas
En perpétua reclusion
Inclementes oprimian.

Bajo el yugo riguroso
De una triste tiranía,
Cruzaban entre dos tumbas
La jornada de la vida.

¡Ay, de aquella que faltara
Por liviandad, ó desdicha,
A las promesas que hiciera
Al pié del altar un día!

¡Y, ay del infeliz culpable!
Ella era enterrada viva,
Y él ahorcado sin piedad;
Y con ellos sus familias.

Era su hogar arrasado,
Convertidas en ceniza
Las casas de sus amigos,
Y su memoria maldita.

VI.

Estrecho mundo en un claustro
Para las almas nacidas
Con mas ambicion y aliento
Para volar mas arriba.

Por cierto, estrecho horizonte
Para quien tiende su vista
Mas allá de unas murallas
Que le oprimen y le humillan.

Cuidar el fuego sagrado,
Tejer el *Llauto* del Inca
Con las lanas de la *llama*,
O los hilos de la *piña*;

Y alzar los himnos sagrados
Llenos de triste armonía
Al aparecer el Sol
Del Andes en la alta cima :

¡Pobre ocupacion, por cierto,
Para las bellas cautivas

Que encerradas entre muros
O maldicen, ó suspiran!

Y mezquino porvenir
Para la doliente Cintah,
Que sueña con otros goces
Y en otro mundo delira.

Por eso siempre abrumada
Por honda melancolía
Lágrimas tiene en sus ojos,
Palidez en sus megillas ;

Y nunca frases alegres
Ni lisonjeras sonrisas,
Ni fervor en sus plegarias,
Ni luz clara en sus pupilas.

« ¿Qué sufre Cintah? ¿qué penas
Su corazon martirizan?
¿Por qué temerosa y pálida
Su frente á la tierra inclina?

» ¿Qué tiene la hija del Misti
Que huye nuestra compañía,
Suspirando sin consuelo,
Sin consuelo y sin medida? »

Sus compañeras del claustro
Así entre sí se decian...
¡Inocentes!... Encerradas,
Pobres palomas sencillas,

No tenian otro campo
Que su reclusion mezquina,
Y en su ignorancia felices,
Las tristes no comprendian

Que habia un campo mas vasto,
Donde al soplo de las brisas
Las alas tienen mas vuelo,
Y el alma tiene mas vida.

VII.

Dulces para ambos amantes
Iban las horas huyendo
Con sus citas misteriosas,
Con sus amores secretos.

Cruzaba el lago en la noche
El amante, del silencio
Valido, y al pié del muro
Llegaba audaz y resuelto ;

Y la virgen embriagada
Cada vez mas en sus sueños,
Venía al muro tambien
A estrechar lazos mas tiernos.

No es de extrañar que despues
De los tiernos juramentos
Que repitieran mil veces
De la noche en el misterio,

Quisieran aire mas claro,
Juraran volar mas lejos,
Y dejar del claustro oscuro
El torvo, inclemente encierro.

(Se concluirá).

Monumento

ELEVADO Á LA MEMORIA DEL GENERAL TARTAS.

El 8 de setiembre último se ha inaugurado en el pueblecillo de Mezin (Lot y Garona) la estatua del general Tartas, uno de sus hijos.

El general Emilio Tartas, nacido en 1796, comenzó su carrera en los guardias de corps de Luis XVIII á la edad de diez y ocho años. Seis meses despues pasaba á un regimiento de caballeria con el grado de alférez. Teniente coronel en 1840, fué enviado á Argelia, donde conquistó con su espada todos sus grados, hasta el de brigadier.

Nombrado diputado cuando la revolucion de febrero, formó parte de la Constituyente y la Legislativa y siempre votó con la derecha.

Adicto al Eliseo, contribuyó á reprimir el movimiento que siguió al golpe de Estado del 2 de diciembre; y el año siguiente era general de division y recibia el mando de la 14ª division militar.

Falleció el 25 de febrero de 1860.

La ceremonia de la inauguracion del monumento elevado á la memoria del general, tuvo efecto un domingo, lo cual explica el numeroso concurso de poblacion de las localidades contiguas que acudieron á Mezin para asistir á ella. El gobierno estaba representado por el prefecto del departamento, y el general de Gondrecourt, que manda interinamente la 14ª division militar, pronunció el elogio del general Tartas.

El monumento, debido al cincel de M. A. Dumont, es muy sencillo: la ciudad de Mezin deposita una corona delante del busto del general. Al pié del busto hay un escudo con flores de lis, y esta inscripcion: *Al general E. Tartas, la ciudad de Mezin.*



Monumento elevado á la memoria del general Tartas, en Mezin (Francia).

Coblenza.

En uno de nuestros números anteriores he-

mos dado la vista del pueblo y de la fortaleza de Ehrenbreitstein, situados en frente de la ciudad de Coblenza, con la que comunican por un puente de barcas.

Hoy publicamos la vista de Coblenza.

Esta importante plaza de guerra, rodeada de fortificaciones y defendida en la orilla izquierda del Rhin por los fuertes Alejandro y Francisco, está situada en la confluencia del Rhin y del Mosela, en medio de un pais fertil y en uno de los puntos en que el caudaloso rio ofrece su mas bello aspecto. La ciudad, bastante grande, tiene hermosos paseos, magnificas plazas y monumentos dignos de atencion, entre los cuales se distinguen particularmente el antiguo castillo del elector de Trèves, los palacios de Metternich-Winneburgo, de los condes de Leynn, de Boos-Waldeck, el puente-acueducto del Mosela, y á corta distancia el monumento elevado al general Marceau.

Coblenza fué una de las residencias de los emperadores carlovingios, despues fué ciudad imperial, y luego quedó reunida al electorado de Trèves. En 1688 los franceses la bombardearon y destruyeron en parte, sin que consintiese en abrir sus puertas. Un crecido número de emigrados franceses se refugiaron en Coblenza al principio de la revolucion de 1789, y vino á ser entonces al mismo tiempo que su lugar de reunion, el cuartel general de los prusianos. El ejército republicano se apoderó de la plaza el 22 de octubre de 1794, y entonces se reunió al imperio francés, y de 1796 á 1814 fué capital del departamento del Rhin y Mosela. X.

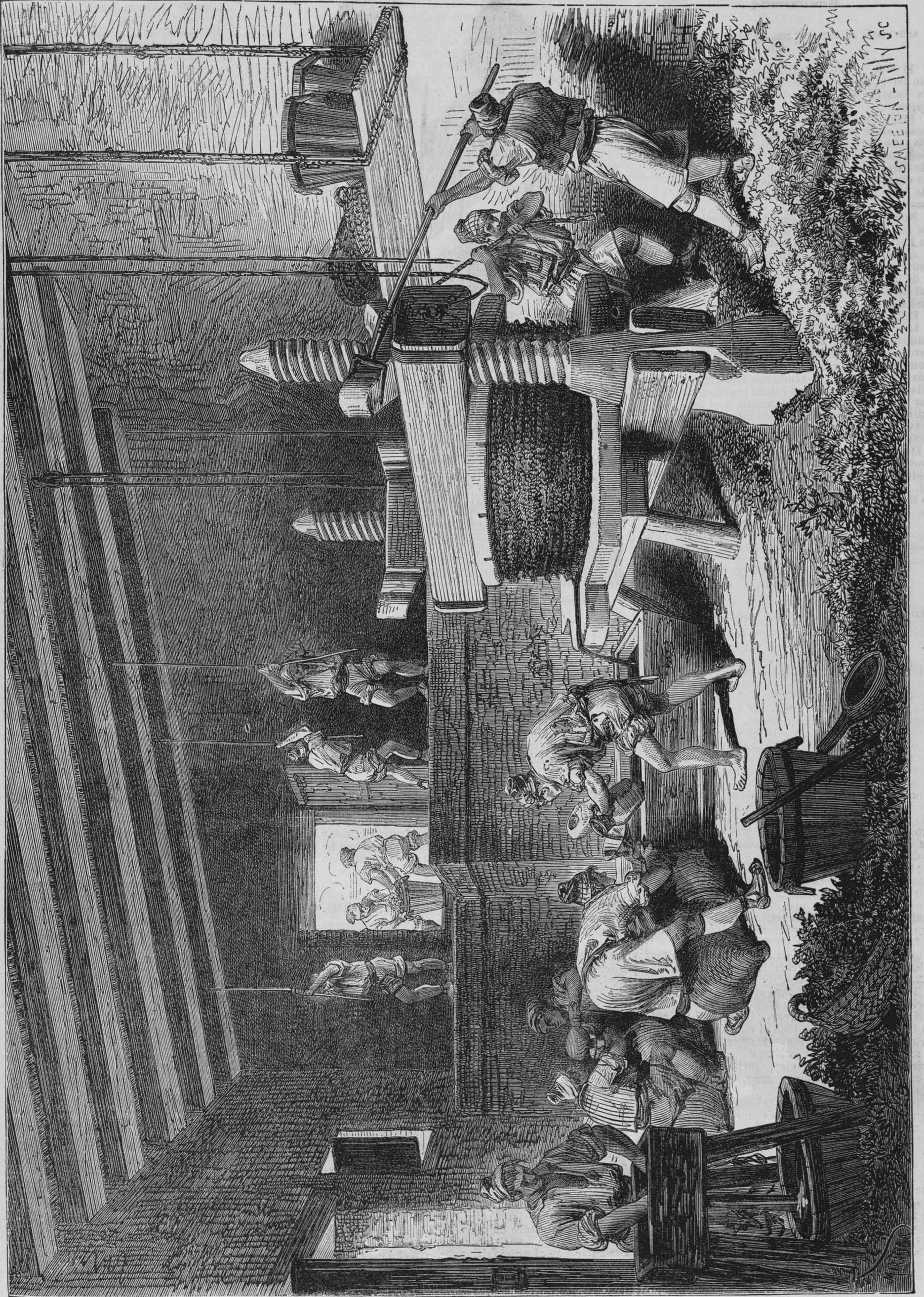
Las vendimias en Valencia.

Octubre es el mes de las vendimias.

La uva está madura, y las primeras heladas que comienzan á sentirse son un aviso de que no hay que perder tiempo. Con efecto, caen las hojas secas, pueden venir las lluvias, seguidas siempre del frio, y en este caso todo es de temer. Adelante pues, vendimiadores y vendimiadoras, á las viñas.



COBLENZA. — Vista general de la ciudad y de la fortaleza.



ESPAÑA. — Un lugar en Valencia.

Y marchan alegremente y vuelven no menos contentos, pues la estacion de las vendimias es la mas bella del año. Todos los que una vez en su vida han asistido al pintoresco espectáculo, lo recuerdan eternamente.

En todos los paises las vendimias han sido siempre una ocasion de fiestas, y rara vez se terminan sin danzas y banquetes. Transportada esta escena á un pais favorecido por la naturaleza como lo es España, por ejemplo, á la provincia de Valencia, de tan hermoso cielo, y cuyos habitantes conservan una vestidura de reminiscencia morisca, resulta el cuadro mas seductor que puede verse en el mundo.

Pero no le busquemos en nuestro grabado. Aquí el artista no ha querido representar mas que el lagar en donde se pisa la uva; procedimiento de primitiva sencillez, pero á beneficio del cual saben hacer los valencianos un exquisito vino.

L. C.

Emilia y Clara.

NOVELA ORIGINAL.

(Conclusion. — Véase el número 1,030).

— He comprado, añadió, la hermosa quinta que pertenecía al caballero de S., y he mandado hacer algunas variaciones en ella, á fin de que sea un digno regalo de boda para mi hijo. He dispuesto tambien para mañana una pequeña fiesta en la quinta, á la que asistirán un corto número de mis amigos de confianza, y cuando se hallen todos reunidos, tendré el placer de presentarles á la futura esposa de mi Carlos. Sí, amigas mias, encontré esta joven amable y virtuosa, que debe labrar la felicidad de un hijo tan querido; he pedido su mano, la he obtenido, y mañana al presentarla, estoy cierto que merecerá vuestra aprobacion que tanto aprecio.

Al oír estas palabras, el rostro de Clara se puso como la grana; y despues perdiendo insensiblemente el color, quedó pálido cual la cera. Sus ojos se llenaron de lágrimas, y una violenta palpitation la hizo creer que iba á desmayarse. Vanos fueron sus esfuerzos para serenarse, y temiendo que su turbacion fuese notada, tomó cualquier pretexto para salir de la sala.

Apenas llegó á su cuarto, cuando sus lágrimas, largo tiempo comprimidas, corrian por sus mejillas; sintió en su corazon un dolor desconocido hasta entonces, y no pudiendo explicarse á sí misma la causa de tan extraña situacion, creyó que la oracion tal vez calmara la agitacion de su pecho. Acordóse de las palabras que su madre le repetía continuamente:

— *Hija mia, si algun dolor oprime tu corazon, busca siempre el consuelo en la religion, desahoga tu pecho en el seno de un Dios infinitamente piadoso, y si el motivo de tu pena es puro, él te consolará.*

Repetió entonces Clara estas palabras, y poniéndose de rodillas oró largo rato con fervor, é insensiblemente volvió á recobrar parte de su tranquilidad. Luego sentándose en una silla se puso á reflexionar sobre la causa del sentimiento doloroso que la oprimía, diciéndose á sí misma:

— ¿Será posible que la felicidad de Carlos me cueste lágrimas? ¿á mí que le aprecio tanto, que reconozco sus virtudes verdaderamente dignas de la dicha que le aguarda? ¿Ha encontrado una esposa digna de él, va á ser feliz, y yo lejos de celebrarlo derramo lágrimas indignas y tal vez muy culpables. ¿Será acaso la envidia?... ¿Daré yo entrada en mi pecho á un sentimiento tan vil y tan ajeno de las virtuosas máximas que ha tratado de inspirarme la mejor de las madres?...

La indignacion que la causó esta idea pareció devolverla todo su valor.

— No, jamás tendré que reprenderme por tan culpable bajeza, exclamó con todo el entusiasmo que da la virtud. Dios ve mi corazon, y me ayudará á sofocar unos sentimientos indignos de mi educacion.

Diciendo así, enjugó sus ojos, reprimió sus suspiros y procurando tomar un aire sereno, volvió á presentarse en la sala.

En todo el resto del dia se manifestó muy contenta, al menos así lo creía ella; pero como tan poco diestra en el arte de disfrazar sus sentimientos, con poco que se la examinase, se traslucía al momento que su alegría era forzada.

Así se lo dijo Emilia, y le preguntó cariñosamente el motivo; pero Clara procurando sonreirse le aseguró que no tenia nada. En cuanto á la baronesa, pareció no haber notado nada, y aun cuando Emilia le hizo esta pregunta, volvió la cabeza á otra parte, y se manifestó ocupada en cualquier otra cosa, menos en la conversacion.

Esto sirvió de grande alivio para la pobre Clara, que nada temía tanto como alguna observacion de su madre; pero sin embargo, cansada de los esfuerzos que la costaba el manifestarse, como realmente no estaba, aprovechó una coyuntura, y quejándose de un fuerte dolor de cabeza, pidió permiso para retirarse

á su cuarto. La baronesa sin titubear se lo concedió, diciendo al mismo tiempo á Emilia y á su madre, que sería bueno retirarse temprano para madrugar al otro dia; y cuando Clara se acercó á ella para despedirse, la dió las buenas noches con mucha dulzura y la abrazó con mas ternura aun que de ordinario.

Ya podrá figurarse el lector que el sueño de Clara no sería aquella noche tan pacífico como otras veces; pero un corazon puro y verdaderamente religioso halla tantos consuelos en sí mismo, que no debe parecer extraño que al otro dia se presentase Clara con un rostro enteramente tranquilo, y con un aire realmente mas risueño. Había tenido tiempo de reflexionar, y la virtud recobró en su corazon su imperio acostumbrado. Vistióse con sencillez y partió con los demás para la quinta.

Llegadas á ella salieron á recibirlas M. de Luzi y su hijo, y las condujeron á un hermoso salon donde se hallaban reunidos varios caballeros que no le eran desconocidos, con sus esposas é hijas.

M. de Luzi, despues de haber cumplimentado á todos con su ordinaria apacibilidad, quiso enseñarles la casa, y las condujo por sus magníficos salones, adornados con sencillez y elegancia; la situacion de la quinta era muy pintoresca, y por sus ventanas se descubrian vistas muy encantadoras.

Despues de haber recorrido una parte de la casa, M. de Luzi las hizo entrar en una sala adornada con mucho primor, y volviéndose hácia sus amigos, dijo: — Esta es la habitacion que destino á la esposa de mi Carlos.

El corazon de Clara palpitó, mas procurando serenarse observó con atencion cuantos objetos adornaban aquella preciosa morada.

Los muebles eran cómodos y elegantes, y al frente de la sala se veía un magnífico piano, junto al cual se había colocado una caja muy bonita de ébano que contenía gran cantidad de papeles de música de los mejores autores. Al otro extremo de la sala se veían dos puertas; la una conducía á un gracioso tocador cuyas ventanas, cubiertas de una gasa color de rosa, daban una luz muy suave. Todo cuanto necesita una mujer para su mayor comodidad en el tiempo largo ó corto que destina al aseo y adorno de su persona, se hallaba allí reunido con acierto y primor; tanto, que nada quedaba que desear.

La otra puerta daba entrada á una piececita en donde había una escogida librería, y junto á ella una mesa propia para el dibujo, con varias cajitas de colores, pinceles y muy buenos modelos. Las paredes se hallaban adornadas con los retratos de los hombres célebres mas aventajados en literatura y demás bellas artes; un reló de pared colocado al frente señalaba las horas, y con su ruido monótono convidaba al estudio y á la meditacion, y las ventanas de este aposento dominando el camino de Paris, ofrecían á la vista una campiña ricamente adornada con todos los encantos de la primavera.

Mientras los amigos de M. de Luzi elogiaban su buen gusto y le hacían mil preguntas sobre la elegida esposa de su hijo, á quien ansiaban conocer, Clara se acercó á la mesa del dibujo. Procuraba distraer sus ideas examinando los modelos, cuando el joven Luzi se le acercó y le preguntó con mucha amabilidad, si cuanto había visto merecía su aprobacion.

— Ciertamente que sí, contestó Clara. Encuentro aquí reunido cuanto puede lisonjear el gusto de una mujer juiciosa.

— Basta, le interrumpió Carlos con trasporte, estoy satisfecho porque es de vuestro agrado. Yo mismo he adornado estas piezas, y mi corazon se ha complacido en reunir aquí cuanto podía contribuir al bienestar de la mujer mas perfecta, de esta mujer, que haciendo mi felicidad, me deberá la suya.

Al oír estas palabras, el corazon de Clara palpitó. Un rayo de luz pareció rasgar el velo que le ocultaba el misterio que su extraordinaria modestia no la dejó adivinar, y llena de turbacion con esta idea siguió los pasos del resto de la compañía, que se dirigió á una galería adornada con los retratos de la familia de Luzi.

Allí vió Clara, entre otros muchos, el retrato de la madre de Carlos, muerta en la flor de su edad. Su extraordinaria belleza y la expresion de dulzura que se observaba en su rostro, interesó tan vivamente su corazon, que no se cansaba de examinarla, cuando otro objeto vino á llamar su atencion. Al otro lado de la galería descubrió el retrato de Carlos, y junto á él otro cuadro cuidadosamente cubierto con un velo.

Los amigos de M. de Luzi le rodearon suplicándole les explicase aquel misterio.

— Este es el retrato de mi hija, respondió el anciano con una especie de énfasis; le he colocado con orgullo, para que mis amigos le contemplen.

Al decir esto se acercó M. de Luzi al cuadro, y tirando de un cordón se corrió ligeramente el velo, descubriendo á la vista de todos el verdadero retrato de Clara. Un grito general resonó por la espaciosa galería, y los ojos de todos se fijaron sobre la elegida, mientras que ella admirada y trémula buscaba en el seno de su madre un asilo para ocultar su rubor. Carlos se arrojó á sus piés, mientras que la baronesa adelantándose al propio tiempo la estrechó conmovida entre sus brazos, diciéndola:

— Perdona, hija querida, este engaño de tu madre. Conozco que debía haberte prevenido, pero mi amigo me exigió el secreto, y me creí obligada á complacerle.

Despues, tomando la mano de Clara, se la presentó á su amante, diciendo:

— Recibid esta mano que os ofrece complacida una madre tierna. ¡Ojalá que las virtudes que he procurado inspirar á mi hija, labren la felicidad de un joven tan benemérito!

Carlos tomó arrebatado aquella mano inocente, y besándola con respeto, respondió:

— Os doy gracias, señora, por este don tan precioso. Juro en vuestra presencia y á los piés de vuestra hija, dedicarme exclusivamente á hacerla tambien dichosa, como merece por sus incomparables virtudes.

M. de Luzi, enternecido con tan interesante escena, se acercó á Clara, la estrechó entre sus brazos, dándole el dulce nombre de hija, y luego tomándola por la mano, la presentó á sus amigos.

Clara fué felicitada por todos del modo mas lisonjero; todos unánimes convinieron en que merecía la feliz suerte que le aguardaba, colmándola de alabanzas que, aunque justas, aumentaban su modesto embarazo.

M. de Luzi, rebosando de contento, la condujo junto á su madre, y despues tomando la palabra, dijo así:

— La aprobacion de mis amigos aumenta considerablemente mi satisfaccion en este dia, en que acabo de asegurar la felicidad de mi hijo tan querido, alcanzándole el tesoro mas precioso que el hombre puede poseer sobre la tierra, que es una mujer virtuosa. La amistad antigua que me unía á la baronesa de Benlie me obligó, hace mucho tiempo, á pensar que un enlace entre nuestros hijos, al paso que estrecharía nuestro reciproco afecto, podría asegurar su mútuo bienestar. Con esta idea vine á Paris, y observando cuidadosamente á esta amable criatura, descubrí en ella mil cualidades amables, y mil talentos encubiertos bajo el velo de una modestia sin igual. Mas todavía no conocía yo toda la excelencia de su corazon. Mientras que todas las jóvenes se ocupaban con un ardor muy natural en su edad en adornarse para una próxima fiesta, Clara corria á la humilde choza del pobre, y con el dinero que otras destinaban al lujo, ella arrancaba á la desesperacion y la muerte una familia afligida. Ocultó cuidadosamente sus beneficios á todos, pero la gratitud los descubrió. Venid, familia agradecida, añadió el anciano levantando la voz, venid á desahogar vuestros corazones á los piés de vuestra bienhechora.

Una puerta se abrió y se vió entrar por ella á Anita y á Colás, sosteniendo los débiles pasos de su madre. Se acercan á Clara, la rodean, se arrojan á sus piés á pesar de sus esfuerzos para impedirlo, y quieren besar á porfía sus manos y sus vestidos. ¡Qué escena tan patética! Clara llena de confusion procura en vano contener los extremos de aquellas pobres gentes, mientras que ellos, llorando de alegría, la colman de bendiciones. Corre de boca en boca la interesante historia de Anita y de Colás. Las madres miran á Clara como un modelo que sus hijas deben imitar, y estas enternecidas se proponen llegar un dia á igualarla.

¿Pero sobre quién haría esta escena mas impresion que sobre Emilia? Siente en su pecho un remordimiento cruel, y la noble conducta de su amiga, dándole á conocer su ligereza y vanidad, la llena de confusion y amargura. Sin embargo, Emilia poseía un corazon muy bello, y amaba demasiado á su amiga para no alegrarse de un triunfo tan digno de ella; así es que, no escuchando mas que el impulso de su cariño, se abrió paso por entre la multitud que rodeaba á Clara, y arrojándose en sus brazos exclamó:

— ¡Oh mi tierna amiga! ¡Qué modelo nos ofreces! ¡qué leccion tan importante para mí! ¿No te he dicho muchas veces que toda la ambicion de tu Emilia se limitaba á poder algun dia igualarte?...

Clara la estrechó afectuosamente contra su pecho, diciendo con voz interrumpida:

— Esto es demasiado, Emilia mia, y mi pobre corazon desfallece en fuerza de tan grandes emociones.

En efecto, tanta agitacion era irresistible, y temiendo Carlos por la salud de su amada, la obligó á sentarse junto á su madre, rogándole con las mas tiernas expresiones que se calmase.

Pasado el primer trasporte, M. de Luzi instruyó á Clara de sus intenciones respecto de Anita y de Colás. Su matrimonio debía celebrarse en el mismo dia que el de Clara. Colás, nombrado conserje de la quinta, poseería una habitacion cómoda en la misma, con la obligacion de no separarse nunca de su anciano padre y de la madre de Anita. De esta suerte M. de Luzi, al paso que aseguraba la felicidad de una honrada familia, se proporcionaba á sí mismo unos criados fieles que mirarían sus intereses con todo el celo de la gratitud.

Todos uniformes aplaudieron tan acertada eleccion, y quisieron tener parte en tan caritativo proyecto, á cuyo fin cada uno de los convidados sacó su bolsillo y en un momento se reunió una cantidad bastante crecida para dote de Anita.

De este modo se pasó el dia en medio de la mas pura alegría. Todos los corazones se hallaban satisfechos, y la mas dulce satisfaccion brillaba en todos los rostros. Madama de Vertel, aunque cruelmente engañada en sus esperanzas, no quiso ser la última en felicitar á su amiga, y procurando dominar el disgusto de su amor propio ofendido, cumplimentó á la baronesa y abrazó á Clara con ternura.

Despues de esto, todos los convidados fueron llamados á la mesa, donde se sirvió una abundante y deli-

cada comida, durante la cual reinaron la alegría y la mas amable franqueza. Concluida esta, M. de Luzi condujo toda la compañía al jardín, donde les esperaba una agradable sorpresa. Llegados á una especie de rellano rodeado de bancos, vieron salir de los bosquillos cercanos una multitud de jóvenes de ambos sexos adornados con sus mejores vestidos.

En medio de esta vistosa tropa se distinguieron Anita y Colás, que haciendo seña á sus compañeros, en un momento rodearon á Clara y á su amante, conduciéndoles en triunfo á un banco adornado de rosas y jazmines, donde les obligaron á sentarse.

Después de esto, principiaron un baile campestre donde se vieron brillar á porfía las inocentes gracias, hijas de la simple naturaleza. Al fin del baile las parejas formando graciosos grupos, se acercaron al banco de los amantes, y adelantándose Anita y Colás, les ofrecieron dos hermosas coronas entretejidas de olorosas flores, pronunciando al propio tiempo Anita con acento enternecido :

Vos con mano compasiva
Enjugásteis nuestro lloro :
¡Dios clemente, á quien imploro,
Mírala en tu santo amor!

Que es un ángel de los cielos
Exclamará quien la vea,
Pues sus gracias hermosa
Puro, angélico rubor.

Sea feliz, y felice
Sea á par de ella su esposo.
Vivan un siglo dichoso
De caridad, ejemplo y dulce amor.

Conmovida Clara de este obsequio, se levantó, y mezclándose entre aquella amable gente, abrazó á las jóvenes y dió las gracias á todos con la dulzura que le era propia y que le grangeó los corazones de aquellas sencillas gentes.

Llegada la noche, se iluminaron los espaciosos salones de la quinta. M. de Luzi, acompañado de la baronesa, llevó á Clara á su habitación, donde le regaló un magnífico vestido de baile y un aderezo de brillantes con el retrato de Carlos. Clara iba á manifestar su admiración por tan rico presente, pero M. de Luzi la previno abrazándola con paternal afecto, y marchándose apresurado, después de haberla advertido que el baile iba á empezar, y que todos la aguardaban en el salon.

Dos criadas se presentaron, y ayudadas de la baronesa, vistieron á Clara del modo mas elegante; y hermosa aun mas por la expresion angélica de su semblante que por su rico adorno, se presentó en el salon, donde resonaban ya los ecos melodiosos de una orquesta magnífica.

Clara abrió el baile con su amante. Sus modestas gracias, su dulzura y sobre todo sus virtudes, fueron el objeto de los elogios de todos, elogios que hacian palpitar de gozo el corazón maternal de la baronesa.

Emilia bailó tambien, manifestando con su ordinaria amabilidad que la felicidad de su amiga le era demasiado preciosa para no entregarse al júbilo mas puro. A las tres de la mañana se finalizó el baile, y todos se retiraron llevando en sus corazones el recuerdo indeleble de este día que les habia ofrecido el interesante cuadro de todas las virtudes.

Ocho dias se destinaron para los preparativos de las bodas, durante los cuales, el lector ya supondrá los magníficos regalos y las felicitaciones propias de tales circunstancias. Emilia, corregida con el ejemplo de su amiga, quiso absolutamente deshacerse de su vestido de baile, y con su importe le hizo uno á Anita para el día de su boda.

El tiempo transcurrió con su acostumbrada rapidez, y la víspera del día feliz se pasó entre preparativos y felicitaciones. Llegada la noche, y hallándose Clara con su madre sola, quiso manifestarle su ternura, y arrojándose á sus piés abrazó sus rodillas, diciéndola:

— A vos sola, mamá mia, después de Dios, es á quien debo la felicidad que disfruto. Permitid que vuestra tierna hija os manifieste toda la gratitud de su corazón. ¡Ojalá que el ejemplo de la mejor de las madres se grabe en mi pecho eternamente, y que imitando sus virtudes, me haga cada día mas digna del esposo que el cielo me destina!

La baronesa levantó á su hija, y estrechándola tiernamente á su pecho lloró de alegría, exclamando :

— ¡Oh cara hija, recibe la bendición de tu venturosa madre! Quiera el Ser Supremo colmarte de sus mas preciosos dones, y que adelantando cada día en el camino de la perfección, seas tan feliz como deseo. Sí, lo serás, mi amada Clara; tu corazón puro te asegura una dicha inalterable. La mujer verdaderamente virtuosa es feliz al lado de un esposo amado en cualquiera situación en que la Providencia la coloque. El cumplimiento de sus deberes y el bienestar de cuantos la rodean son sus ocupaciones, y la aprobación de

una conciencia pura es su recompensa. Desprecia los efímeros placeres del mundo; y guarecido tu corazón con el mágico escudo de la religion, es impenetrable á los tiros de la desgracia. ¡Oh mi Clara, no nos quejemos jamás del destino, cuando está en nuestras manos el ser perfectamente dichosos! No quiero decir con esto que no haya desgracias inseparables de nuestra humana naturaleza; pero la mayor parte son obra de los mismos hombres. Dios nos prueba muchas veces; pero cuando con una mano levanta la vara de su justicia, con la otra derrama sobre nosotros todos los consuelos de su misericordia. Hija mia, si la desgracia te oprime algun día... mas alejemos de nuestra imaginación toda imagen de tristeza en este momento en que nos vemos colmados de los beneficios del cielo. Mi Clara va á recibir la recompensa de su ternura filial, y las bendiciones de una madre tierna la acompañarán hasta el sepulcro. ¡Oh esposo mio! prosiguió la baronesa poniéndose de rodillas, dignate bendecir tambien á tu hija, y únete á mí para pedir al Ser Supremo que la haga tan virtuosa como feliz...

Los sollozos le cortaron la voz, y Clara enternecida se arrojó en sus brazos llenándola de caricias, y enjugando con sus besos aquellas lágrimas que la memoria de su digno esposo hacia correr.

Así pasaron madre é hija la mayor parte de la noche, y á la mañana siguiente partieron todos para la quinta, donde se celebraron los dos matrimonios con la mayor y mas cumplida satisfacción. Omitiré el referir las fiestas y regocijo universal que reinaron por espacio de ocho dias en tan felices lugares. Bastará decir que después de haber derramado sus beneficios por todos aquellos contornos, regresaron los dos esposos á París colmados de bendiciones, y se establecieron allí juntamente con sus muy amados padres. M. de Luzi, satisfecho de haber asegurado la suerte de su hijo, se retiró del comercio y permaneció el resto de sus días á su lado.

En cuanto á Emilia, corregida con el ejemplo de su amiga, fué tan feliz como ella, uniéndose un año después á un joven tan distinguido por su mérito como por su clase. Diremos aun en gracia de los que desean saberlo todo, que el caballero de S... deseando separarse por algun tiempo de París, donde todo le recordaba su desgraciado amor, admitió una comision importante de su soberano para España.

Allí tuvo ocasion de tratar á una joven huérfana de casa ilustre, y reconociendo en ella mil prendas recomendables, creyó con fundamento que podría ser feliz á su lado. Descubrió pues sus sentimientos á la amable huérfana, y tuvo la satisfacción de saber de su boca que era correspondido. Casóse con ella y la condujo á Francia, donde es el mas feliz de los esposos y padres.

En cuanto á Carlos y su esposa, vivieron siempre retirados, dando con sus virtudes un ejemplo digno de imitarse, y siendo un perfecto modelo de amor conyugal.

RAMONA GUIJARRO DE APARISI.

Juicio de César Cantú

SOBRE LAS OBRAS DEL SEÑOR TORRES CAICEDO.

Tengo el agradable encargo de ofreceros las obras del señor J. M. Torres Caicedo, de un hijo de aquella América latina, donde nuestra misma civilización, á través de medio siglo de revolución, va buscando aun la paz y la prosperidad, que es el fantasma suspirado de los pueblos, en los que existe monarquía con libertad ó república con orden, y la democracia se base en claras nociones del derecho y del deber.

A este fin se dirigen los numerosos escritos del señor Torres Caicedo sobre los *principios de 1789 en América*; sobre la *union latina-americana*; sobre la *pena de muerte*, opúsculo en el que, como un colega nuestro, repudia el dogma de la impunidad, proclama por el paradoxal Girardin; además, *Estudios sobre el gobierno inglés y la influencia anglo-sajona*, tres volúmenes llenos de ideas sobre el principio religioso, la religion del Estado, la soberanía popular, donde no faltan nuevos juicios sobre el gobierno, la lengua, el crédito, el pauperismo del imperio británico, etc. Quería con esto hacer comprender á los sud-americanos cuánto dista la democracia de la demagogia, que no es liberalismo el revelarse contra cualquiera autoridad que exista, y absolver la opulencia de sus ricos países con continuas convulsiones.

Por incidente se le presentan las mas vivas y espinosas cuestiones; la nacionalidad, las mezclas, los antagonismos, los gobiernos históricos y revolucionarios, el equilibrio y la opinion, ese intermedio entre el poder religioso fundado en la fe, y el político sosten por la fuerza, y sabe elevarse de los hechos particulares á las generalidades.

Ahora que el mundo serio se ocupa de la cuestion del *Alabama*, es hermoso ver tratado aquí desde 1863 el importante punto del derecho de gentes; si un

gobierno legítimo es responsable por los daños ocasionados á los extranjeros por las facciones; donde comparecen los telégramas que la cancillería austriaca y la rusa cambiaron con la inglesa á propósito de las indemnizaciones que se pretendian por daños ocasionados á súbditos británicos en la revolución de 1849 á 1850 en Nápoles y en Toscana. Luego Torres Caicedo discurre mas especialmente en los *Estudios sobre el gobierno inglés*, poniendo un apéndice sobre la discusión entre este y los Estados Unidos, á propósito del *Alabama*, y entre los ingleses y los paraguayos.

El señor Torres Caicedo se muestra ilusionado con la idea de Bolívar, del que habla siempre con justa admiración, quiero decir de la union latina-americana, la coordinación de todas las fuerzas de aquel país, no en orgánica unidad política, sino en una liga permanente de los intereses morales y materiales, de las leyes, de las aduanas, de las ventajas profesionales, hasta de los títulos para las públicas funciones en los varios Estados; así Olmedo, en el himno á aquel héroe, cantaba: « Busquemos en la fuerza nuestra union; en la union, ¡oh pueblos! para ser siempre libres y nunca vencidos. Que el poderoso lazo de esta union sea la gran cadena de los Andes, cuyos vigorosos brazos nos estrechan del uno al otro mar. »

Los mas ancianos de vosotros, señores, recuerdan las espléndidas esperanzas que concibieron los liberales en el congreso de Panamá, en 1826; esperanzas, ¡ay! desvanecidas como otras tantas, sucumbiendo al falso liberalismo que pone en peligro la libertad en el antiguo mundo y la contamina en el nuevo.

Os señalaré apenas un volumen de poesías, donde con aquel armonioso idioma, el señor Torres canta religion, amor y patria; donde, entre la pensativa armonía que le domina, descuellan las extraordinarias bellezas de la zona tropical que las inspiró, y de los hechos que concurren á afianzar la independencia colombiana. Aquí cantor de guerra para excitar á defender aquel

Suelo de libertad y de esperanza :

allá elegías en honor de los mártires.

Cualquiera que sea la idea que uno se forme de las que con demasiada materialidad se llaman razas, no es posible dejar de reconocer la persistencia de ciertas cualidades físicas, morales é intelectuales, entre los grupos de pueblos que tienen por carácter principal la semejanza que dura á través de los siglos, los sucesos, la dominación ó mezcla de otros pueblos.

Por lo tanto, todo aquello que se refiere á las estirpes latinas, tiene para nosotros un interés, si no de patria, á lo menos de parentesco. Esto nos hace preciosos los *Ensayos biográficos y de crítica literaria sobre los principales publicistas, historiadores, poetas y literatos de la América latina*. Grato es trabar con él y por él conocimiento con los autores célebres en el nuevo mundo, mientras que en el nuestro apenas se conocen sus nombres; tan reducido es el círculo en que, á pesar de tanta facilidad de comunicaciones, se desarrolla nuestra pobre gloria. ¡Cuántos entre nosotros ignorarán á Andrés Bello, el amigo de Bolívar, autor de la mejor gramática española conocida, de un tratado de derecho de gentes, del Código civil de Chile, y que aun á los noventa años era amante del trabajo, dirigiendo los negocios extranjeros de su patria, fundando el Instituto y la Universidad!

El autor que juzgamos eligió de preferencia á aquellos cuyo ingenio supo manifestar con las musicales armonías de la palabra las nobles aspiraciones de la naturaleza humana; por lo que vemos que la poesía se toma aun por lo serio en aquellos países intertropicales, tan ricos en la superficie como en el interior. El señor Torres Caicedo nos los presenta del modo mejor para conocerlos, sea con abundantes ejemplos, con los que podemos no solo valorar sus juicios, sino formar los nuestros; notable es cómo los literatos sean por lo comun, tambien hombres de acción; tales que Eusebio Caro, ordenador de la Hacienda, Julio Arboleda, orador, poeta, hombre de Estado y capitán, asesinado defendiendo su patria.

El señor Torres Caicedo nació en Bogotá en 1830; sin padres, sin fortuna, se conquistó una posición con sus propias fuerzas; llegó bien joven á Europa de ministro de Venezuela, Colombia y San Salvador, y trabó conocimiento con nuestros literatos, y últimamente fué elegido corresponsal del Instituto de Francia.

Y vosotros agradeceréis, señores, estos diversos trabajos suyos, hechos con independencia y sinceridad, con mucho conocimiento de los sucesos humanos, y de los que se desprende con frecuencia el amor de patria y la fe en que, entre el turbion de amor y guerra, fe y duda, fusion y repulsion que parece amenazar á la civilización toda, la humanidad progresa hácia el puerto de paz, de la cooperación de cada uno al bien de todos.

CÉSAR CANTÚ.

(Reale Istituto Lombardo di scienze e lettere.)

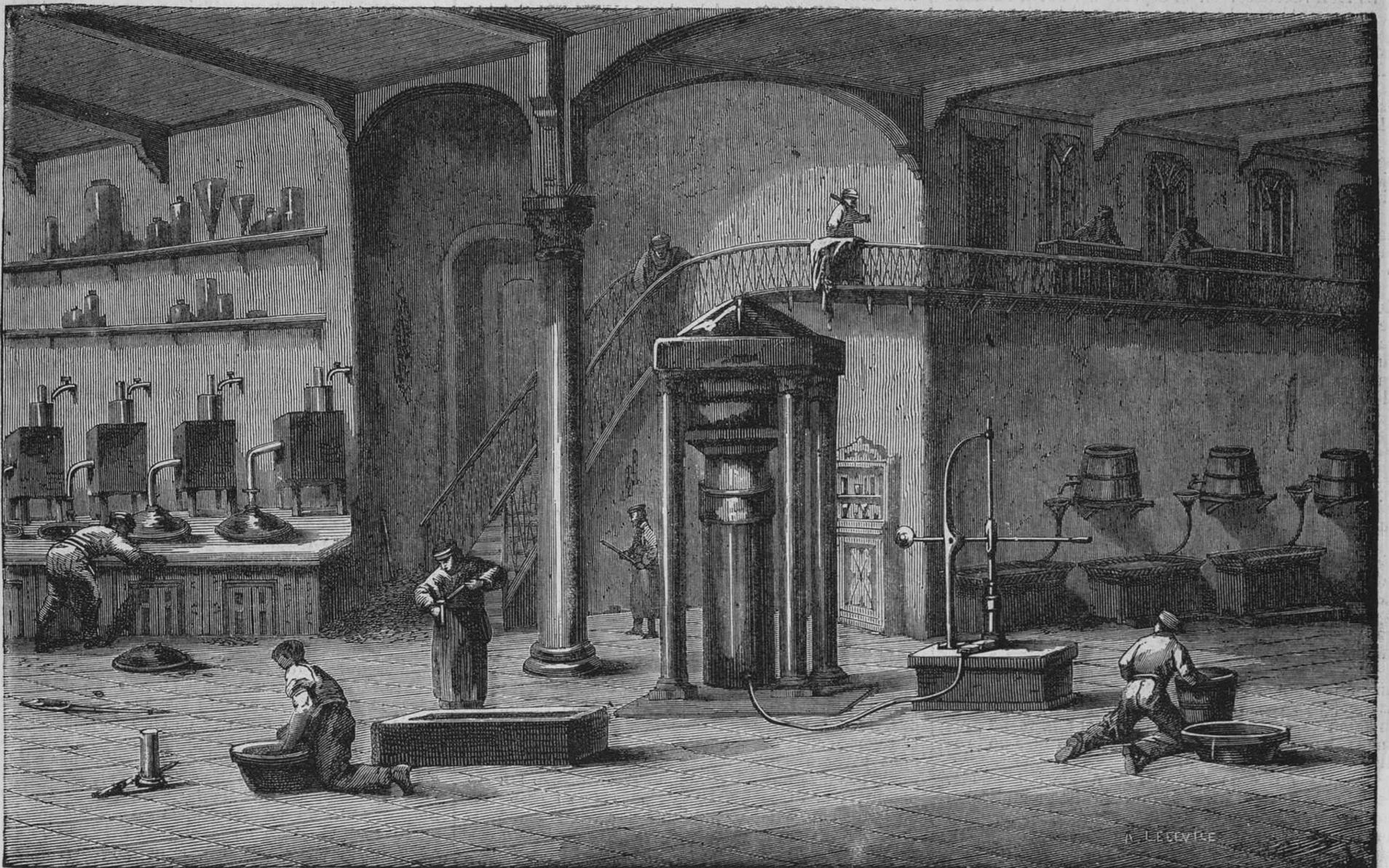


PASEOS ARQUEOLÓGICOS. — Un aspecto de la calle del Trefle, en Amberes (Bélgica).



GRANDES INDUSTRIAS PARISIENSES. — Fundicion de oro y de plata; casa Quiquandon, hijo, 10, rue Aubry-le-Boucher, Paris.

LABORATORIO DE ENSAYOS Y ANÁLISIS DE LOS METALES PRECIOSOS.



Taller de purificacion de oro y de plata de la casa Quiquandon, hijo, 10, rue Aubry-le-Boucher, Paris. — (Véase el artículo en la página 262).

El comercio del oro y la plata.

(Conclusion. — Véase el N° 1,030).

ENSAYOS DE ALEACIONES DE ORO Y PLATA.

Los ensayos se hacen por dos procedimientos: el primero y mas antiguo es la copelacion, *ensayo por la via seca*, y el segundo es el procedimiento de análisis por la via húmeda; este es el mas preciso.

ENSAYO POR COPELACION Ó POR LA VIA SECA.

El análisis de las aleaciones de plata y de cobre por copelacion, se funda en la propiedad que posee la plata, de no oxidarse cuando se mantiene fundida al contacto del aire, y de no dar mas que vapores casi insensibles.

Las copelas que se usan para esta operacion, se fabrican con cenizas de huesos humedecidas con un poco de agua.

Se comprime la pasta en moldes que le dan la forma de un vasito. El óxido de plomo fundido y que tiene á los demás óxidos en disolucion, se embebe en la copela, y al fin no queda en esta mas que el glóbulo de plata purificada ó afinada.

Una copela de hueso puede absorber su peso de litargirio, ó la cantidad de plomo que hay que añadir á una aleacion de plata para que pase á la copelacion.

En cuanto el plomo está fundido, se introduce la cantidad de ensayo envuelta en el plomo.

Los metales se funden prontamente, y la aleacion de plata se disuelve completamente en el plomo; al cabo de algunos minutos la aleacion forma en cada copela un glóbulo líquido redondeado; muy luego se desprenden vapores blancos debidos al plomo metálico que se oxida en el aire; la superficie del glóbulo metálico se cubre con una película y con gotitas de óxido fundido que se mueven rápidamente en su superficie. Estos óxidos se van absorbiendo en la copela.

Quando el cobre y el plomo están completamente transformados en óxidos embebidos en la copela, y la plata está purificada, el movimiento que se observaba en su superficie se detiene, y entonces se produce en pequeño el fenómeno del relámpago, y hay que acercar lentamente la copela á la abertura de la mufla para que el glóbulo de plata no se enfríe bruscamente.

Es fácil reconocer en el aspecto del boton enfriado si se presentó aquel fenómeno, pues si la plata ha rocado, se nota siempre en su superficie una pequeña excrecencia en el lugar donde la proyeccion ha tenido efecto.

Hay que desechar todos los ensayos que presentan este carácter, porque necesariamente la cantidad de plata que contienen es escasa.

Para que el ensayo sea de recibo, es preciso que el boton esté poco adherido á la copela, que su superficie inferior sea tersa, aunque mate, y que su superficie superior sea brillante y no ofrezca rugosidades.

Quando la superficie superior queda arrugada, anuncia que el ensayo ha rocado ó la purificacion es incompleta, porque la temperatura era muy elevada, ó porque no habia bastante plomo.

La temperatura del hornillo ejerce una grande influencia en la copelacion, y así es que el ensayo presenta siempre cierta incertidumbre. El ensayador debe calentar su hornillo siempre del mismo modo, de cuyo modo puede hacerse una tabla de correccion, en cuya virtud conoce en cada aleacion la rectificacion conveniente para obtener la ley exacta.

ENSAYOS POR LA VIA HÚMEDA.

Los ensayos de materias de oro y plata por la via húmeda se hacen precipitando plata al estado de cloruro insoluble por una disolucion de sal marina.

Como el cloruro de plata se junta fácilmente agitando en un licor acidulado por el ácido azótico, es fácil conocer el momento en que está la plata completamente precipitada.

La disolucion de sal marina que se emplea es tal, que un decimetro cúbico de este licor precipita exactamente un gramo de plata pura.

Para determinar la ley de una aleacion, se disuelve un gramo de aleacion en cinco ó seis gramos de ácido azótico, y se vierte en el licor, con precaucion, la disolucion de sal marina contenida en una vasija graduada, hasta que la adición de una gota mas no produzca ningun precipitado.

Después de cada adición de disolucion salada, cuando se acerca el momento de la precipitacion completa, se menea vivamente la redoma que contiene la disolucion de plata, para que el precipitado se junte y el licor se aclare.

El número de centímetros cúbicos que se han vertido para precipitar completamente la plata, da la ley á la aleacion.

PURIFICACION DEL ORO Y LA PLATA.

Plata.

La plata impura se somete á una fundicion bajo la influencia de una corriente de aire que oxida los metales extraños.

El hornillo en que se hace esta fusion, consiste en una cavidad hemisférica de fundicion, que se guarnece por dentro con una capa densa de margo ó de cenizas de madera, la cual constituye una especie de copela porosa que puede absorber los óxidos líquidos producidos por la oxidacion de los metales extraños agregados á la plata.

Se llena la cavidad de carbon de leña y se coloca encima el metal que se va á purificar, activándose la combustion con un fuelle, que da al mismo tiempo el aire necesario á la oxidacion.

Quando se ha puesto la plata en el estado líquido, en la copela, se envia el viento sobre el baño hasta que no se formen mas manchas en su superficie.

Está purificado el metal, conteniendo cuando mas 1 por 100 de metales extraños.

Oro y plata.

La separacion del oro y la plata, á la que se da el nombre de afinacion ó purificacion de los metales preciosos, se hace hoy tratando la aleacion por el ácido sulfúrico concentrado y caliente, que no disuelve mas que la plata. Pero para que la operacion tenga éxito, es preciso que la aleacion no contenga mas de 20 por 100 de oro, y es conveniente tambien que no contenga mas de 10 por 100 de cobre, en razon á que el sulfato de cobre es poco soluble en el ácido sulfúrico concentrado.

Se funden las aleaciones en crisoles, y cuando abunda el oro, se añade cierta cantidad de plata, eligiendo con preferencia la que contiene algo de oro. Se vierte la aleacion fundida en agua para reducirla á grenallas y se pone después en una gran caldera con dos veces y media su peso de ácido sulfúrico concentrado, marcando 66° en el areómetro.

La caldera se cubre con una tapa que tiene un tubo hueco.

Se calienta el ácido hasta la ebullicion, con lo cual se descompone una porcion del ácido sulfúrico; se forman sulfatos de plata y de cobre y el ácido sulfúrico se desagrega.

Con frecuencia se utiliza este ácido haciéndole pasar en compartimientos de plomo donde se prepara el ácido sulfúrico.

Se opera á la vez sobre 200 ó 300 kilogramos de aleacion.

El oro que proviene del primer ataque por el ácido sulfúrico, contiene todavia cierta cantidad de plata; se calienta de nuevo en una caldera de platino con ácido sulfúrico concentrado que le quita el resto de plata.

A veces tambien se le ataca por tercera vez por el ácido sulfúrico.

Después se lava bien el polvo de oro y se funde en barras.

Este oro tiene la ley de $\frac{995}{1000}$

Concluidas estas operaciones, pueden entregarse las barras á la Casa de Moneda, al Banco ó al comercio.

¿Qué hará de ello?

NOVELA ESCRITA POR SIR EDWARD LYTTON BULWER.

(Continuacion. — Véase el número 1,030).

Entre las personas muy jóvenes y muy sensibles, especialmente las mujeres (aunque se vean tambien algunos ejemplos en el sexo fuerte), un choque violento y repentino se revela por una alteracion casi sobrenatural en el semblante.

No es una simple palidez, una pérdida total de colores; es como si la flor de la juventud se marchitara para siempre. Las mejillas en otro tiempo redondeadas, se demacran como en una enfermedad mortal; estragos semejantes á los que produce la accion de los años parecen efectuados en un instante; ni aun el fuego produce una alteracion, una destruccion tan repentinas; el fuego no deja después de su paso esas muestras inexplicables de desolacion y de ruina. Waife se lanzó hácia la joven y la estrechó contra su corazon.

— ¡Tú soportarás este dolor, Sofia! Lo peor ha pasado ya. ¡Valor, hija mia, valor! Cuando los remordimientos no pesan sobre el corazon, el corazon sien-

te una fortaleza extraordinaria. Los dolores que en principio creemos que han de matarnos, se extinguen por sí mismos... Lo que digo es la verdad, porque yo tambien he sufrido.

— ¡Pobre abuelo! dijo Sofia con dulzura.

Y no pronunció mas palabras.

Waife hubiera querido continuar hablándole de consuelo, pero Sofia estrechó fuertemente la mano del anciano, poniendo un dedo sobre sus labios. Waife enmudeció al punto.

En seguida empezó á dar vueltas por la habitacion, ocupándose como de ordinario en aquellas pequenezes que se complacia en creer contribuian al bienestar del anciano. Colocó el sillón en el sitio favorito, cerca de la ventana puso delante el taburete, para el pobre pié estropeado; aproximó la mesa al sillón, buscó los libros que Jorge habia sacado de la biblioteca de Darrell para Waife, escogió el volumen en el cual vió una señal para colocarlo al alcance de su mano, limpió cuidadosamente los cristales ligeramente empañados de sus anteojos, y sacó una ó dos flores marchitas del ramillete que habia cogido el día anterior. Waife la observaba mientras tanto silencioso como ella, no atreviéndose á hablarla por el temor de exaltar su corazon.

Después de haber cumplido con todos aquellos obsequios inspirados por el amor filial, Sofia se acercó algunos pasos hácia su abuelo y le dijo:

— Ahora, abuelito mio, contadme todo lo que os ha sucedido y debe causaros alegría... Pero nada mas, nada de lo que se refiere al resto de esta carta. Yo reflexionaré sobre eso cuando esté sola; no hablemos ya de eso, nunca, nunca.

X.

Generalmente cuando Sofia se separaba de Waife por las mañanas, iba á pasearse por el campo, y el anciano la veia pasar por delante de su ventana; otras veces se dirigia á la biblioteca que estaba casi exclusivamente reservada á los Morley, y en ese caso, oia el ruido de sus pisadas en la escalera; pero esta vez la joven fué á refugiarse en su cuarto que comunicaba con el salon de Waife y estaba separado de este por una pequeña antecámara. Sofia permaneció tanto tiempo en su aposento que el anciano, concibiendo cierta inquietud, se acercó sin hacer ruido á la puerta y escuchó. Waife tenia un oido casi tan fino como el de su hijo, sin embargo, no oyó ni un sollozo, ni el mas ligero suspiro. Por último abrió suavemente la puerta y miró con precaucion.

La niña estaba sentada al pié de su lecho en una completa inmovilidad; tenia los ojos fijos en el suelo y un dedo sobre sus labios, como si quisiera implorar silencio. Hubiera podido creerse que dormia. Todos los que han conocido el dolor por experiencia propia respetan el de los demás. Waife no se atrevió á acercarse mas, pero desde el umbral en que se habia detenido, dijo:

— El sol brilla en este momento en todo su brillo, Sofia; sal á dar un paseo al aire libre, hija mia.

Sofia no volvió la cabeza, no se movió; pero respondió al punto:

— Sí, voy en seguida.

Waife cerró la puerta y se alejó. Al cabo de una hora se acercó de nuevo á mirar la habitacion de su nieta; Sofia estaba allí aun en el mismo lugar y en la misma actitud.

— Sofia, querida mia, ya es tiempo de que salgas á dar tu paseo... Sal... Encontrarás á Mrs. Morley delante de la casa, enfrente de mi ventana... La he llamado para rogarle que te espere...

— Sí, voy al momento, respondió Sofia.

Peró aquella vez tampoco se movió.

Waife se alarmó seriamente. Permaneció un momento parado, después se fué á su cuarto, cogió su sombrero y su baston y volvió.

— Sofia, tengo gana de dar un paseito y respirar el aire libre. Eso me hará bien. ¿Quieres darme el brazo? Aun estoy muy débil.

Sofia se estremeció, se echó hácia atrás sus hermosos cabellos, se levantó, se puso el sombrero, y en menos de un minuto se colocó al lado del anciano. Este pasó cariñosamente su brazo bajo el de la joven y bajó con ella al jardin, donde Mrs. Morley les salió al encuentro y después Jorge.

Waife se esforzó por hablar y aparecer alegre á fin de proteger, por decirlo así, por su locuacidad, la meditacion y el silencio de Sofia. La joven se acercó aun mas dos ó tres veces al anciano y apretó tiernamente el brazo que se apoyaba en el suyo. Comprendia su intencion y le daba gracias por ella.

De pronto se oyó el sonido de una flauta hácia el lago; era la flauta de Fairthorn oculto en alguno de sus escondites. El efecto de aquella música era esparcir de pronto como una vida de encanto sobre el paisaje.

El cisne se detuvo sobre las apacibles aguas del lago, la gama salió de entre los árboles, y al mismo tiempo se vió salir lentamente de aquellos lugares solitarios, como un hombre sumido en una melancólica meditacion, al dueño de la casa señorial. La música esparcia sobre todos su mágico encanto. Guy Darrell vió á sus huéspedes parados cerca del reló de sol.

Se aproximó á ellos, felicitó á Waife por su primer paseo, citó aquellos versos tan conocidos de Gray, per-

fectamente aplicables á aquel caso (1), y cuando con su voz tan dulce como la flauta, dijo aquellos versos :

El sol, el aire libre, el firmamento
Le hacen ver entreabierto un paraíso... (2).

Sofía, como herida repentinamente por el remordimiento, al pensamiento de que ella sola oscurecía aquel paraíso que se entreabría para el anciano que había salido para gozar del sol, respirar el aire libre y contemplar el azulado firmamento, levantó los ojos del suelo y los fijó sobre su abuelo haciendo un esfuerzo por aparecer contenta, con una trémula sonrisa que conmovió el corazón de Guy Darrell.

El señor de Fawley reconoció al momento por una especie de simpatía instintiva la angustia con que luchaba aquella sonrisa; vió que Sofía experimentaba aquel disgusto que había experimentado él también, el disgusto que dá al mundo exterior el aspecto de la habitación de un enfermo que á la vista de las bellezas de la naturaleza no puede vislumbrar el paraíso de la esperanza. La mirada de Darrell no se separó del rostro de Sofía hasta que se desvaneció aquella sonrisa, y entonces advirtió el cambio que tanto había alarmado á Waife. Involuntariamente se aproximó á ella y pasó el brazo de la jóven por debajo del suyo.

De aquel modo Sofía sostenía por un lado al que la protegía, y era sostenida por el otro por el que se negaba á reconocerla. Darrell podía ser inflexible en las resoluciones que afligían á los demás, como lo era para las que le afligían á él mismo; pero para los demás tenía al menos compasión.

El pobre Waife, cuyo carácter era tan diferente del de Darrell, observó el movimiento de este último, y dispuesto siempre á asir el menor rayo de consuelo, dijo entre sí :

— Se ha enternecido. No me marcharé mañana como había pensado. Sofía ganará su causa. ¿Quién puede resistirse á ella?

La conversacion languidecía, el sol de invierno empezaba á descender á su ocaso, el frío empezaba á molestar. Hicieron que Waife se recogiera, los Morleys subieron á acompañarle á su cuarto, Sofía se refugió en el suyo.

Darrell siguió su paseo, se internó seguido de su gama, en la espesura del bosque. Los cisnes sumergían su cuello en el agua, entre las plantas acuáticas; la flauta dejó de oírse. A través de las ramas de los árboles despojados de hojas, el horizonte presentaba un color gris. El rostro y la sonrisa de Sofía le perseguían; en vano decía entre sí :

— ¡Bah! eso pasará pronto; es solo la primera inclinación de una niña.

Sofía no fué al cuarto de Waife cuando salieron Jorge Morley y su esposa. Waife, como había hecho antes, fué á observarla á su habitación, y volvió á verla sentada, inmóvil. Parecía que dormía. Sin embargo, fué según su costumbre á comer con Waife en su habitación; sirvió al anciano, se sirvió á sí misma; pero no comió nada.

Habló casi con alegría. Esperaba que estaría bien para marchar al día siguiente, deseaba ver á sir Isaac, leyó en alta voz la carta afectuosa que le había escrito lady Montfort, y cuando terminó la comida, cuando el sillón de Waife volvió á colocarse al lado del fuego, se sentó como de costumbre en el taburete al lado de su abuelo y dijo :

— Ahora, abuelito, hablemos de lo que nos interesa. ¿Qué os ha sucedido de bueno?

— ¡Ay! el pobre Waife no tenía gana de hablar; pero hizo un esfuerzo. Tal vez lo que tenía que decir alegraría á Sofía.

— Ya sabes, dijo, que yo tenía mis razones para ocultarme y cambiar de nombre. Evitaba ver á todas las personas á quienes había conocido en mejores tiempos; no podía tomar un empleo que me hubiera dado á conocer. Por eso consideraba como una muestra de la protección de la Providencia el accidente que me apartó de la tentación á que había cedido. Porque si yo hubiera trabajado en un teatro de Londres y el público hubiera sabido quién era el William Waife cuyo talento de actor excitaba una inocente hilaridad ó lágrimas no menos inocentes, el auditorio se hubiera levantado no para aplaudirme, sino para silbarme. « Afuera, hubiera exclamado el público, afuera el actor y el hombre. » Unicamente tú podías comprender que si yo hubiera sido un infame, no me hubiera atrevido á encargarme de una niña inocente como tú. Recordarás que al volver al teatro ambulante de Rugge cuando te llevé conmigo, exageré los efectos del accidente que había experimentado, fingí haber perdido la voz, y pedí quedar exento de aparecer en las tablas. No cedía simplemente al orgullo del hombre que se revela á la idea de exponer públicamente sus defectos físicos; no.

En el primer pueblo en que nos detuvimos vi á un antiguo amigo y comprendí que á pesar del tiempo transcurrido y del accidente que me había desfigurado, me reconoció también y volvió la cabeza. ¡Un antiguo amigo, Sofía! ¡Un antiguo amigo!

Aquello me traspasó el corazón, y desde aquel día

(1) See the wretch who long has tost, etc. — GRAY.

(2) The common sun, the air, the skies,
To him are opening paradise.

resolví huir del teatro de Rugge, y hasta encontrar los medios de vivir con mas independencia, consentí en que nos sostuviéramos con lo que tú ganabas, hija mía; porque si otros antiguos amigos me hubieran descubierto, si hubiera sido denunciado por ellos, mi ignominia hubiera recaído sobre mi Sofía. Prefería vivir de tu trabajo.

— ¡Ay! de tal modo estaban en contra mía todas las apariencias, que jamás hubiera pensado en poder disculparme ni aun á los ojos de mis mas íntimos amigos.

Pero ya lo ves, hija mía, la Providencia ha sido bondadosa con nosotros hasta ahora y lo seguirá siendo, Sofía. Mira, ese mismo hombre que yo creía tan duro para con nosotros, ese mismo Darrell, bajo cuyo techo vivimos ahora, es el que ha hecho saber á aquellos á quienes yo estimaba mas, que no soy un malvado; y la Providencia ha hecho que declare en mi favor aquel mismo M. Hartopp, que me juzgó (cualquier otro hubiera hecho lo mismo en su caso), como una compañía muy perjudicial para ti.

Hé aquí por lo que me han felicitado, Sofía. ¡Oh! aunque he sufrido tantos sinsabores con la firmeza que Dios nos ha dado para soportar, lo que sin su apoyo sería superior á nuestras fuerzas, aunque haya aprendido á encogerme pacientemente de hombros, en respuesta á las calumnias que pueden acumular sobre nosotros, esa multitud de gentes no menos extrañas entre sí que lo son para nosotros y se llama « el mundo, » sin embargo, evitar las miradas de un amigo; huir de un amigo con mas temor que de un enemigo; recibir como un cobarde los latigazos del desprecio; presentir que en esta vida, el único fin de todos nuestros esfuerzos, de todas nuestras penas, será ir á dar en una tumba oscura y sin epitafio, por caminos torcidos y oscuros como la pobre zorra perseguida por los cazadores; tener que negarse á aceptar un lugar en la mesa ó en el hogar del hombre que ignorando nuestro secreto nos dice: « Amigo, sed sociable; » no atreverse á aceptar un pedazo de pan, si no se paga, por miedo de aparecer como un estafador por aquellas personas á quienes no podemos considerar como iguales... Todo esto, Sofía, excitaba en mí una cólera á la cual no hubiera debido entregarme considerando que el que todo lo ve y... No llores, Sofía, todo eso ha concluido ya.

— ¡No llorar! ¡Oh! eso me hace mucho bien.

— Ya ha concluido todo. Estoy bajo este techo sin vergüenza ni escrúpulo, y puesto que Guy Darrell conociendo todo mi pasado ha probado mi inocencia á los ojos de aquellos cuya estimación juzgo tan preciosa, me creo en el derecho de llevar erguida la cabeza ante cualquier reunión. Me he convertido en un hombre que puede mezclarse con los demás hombres. ¡Oh! hija mía, vuelvo á ver en tus labios la sonrisa de otro tiempo. Las dichosas sonrisas de los jóvenes son los rayos de sol de los viejos. Ten paciencia, ten firmeza de ánimo. ¡La Providencia es tan buena, Sofía!

XI.

Al día siguiente Jorge Morley fué á visitar á Waife á su habitación mas temprano que de costumbre. El anciano le había mandado llamar. Sofía estaba sentada al lado de su abuelo que estrechaba su mano. La jóven había hecho esfuerzos sobrehumanos por hablar alegremente, por desterrar de su fisonomía la expresión de su tristeza. Pero aquel cambio seguía siendo visible, se notaba mas que el día anterior. En la primavera de la vida algunas horas de lucha violenta, una noche de insomnio dejan señales visibles en el rostro. Unicamente cuando, como veteranos endurecidos, nos hemos entregado á todos los combates á que está expuesta la vida con los débiles medios de resistencia de que podemos disponer, es cuando llegan á sernos familiares las noches de insomnio, y el pensamiento encuentra mas vigor en un ejercicio permanente que en los momentos de tregua; entonces alimenta al cerebro y sostiene al cuerpo la esencia de la inmortalidad. Es necesario que muchos inviernos hayan despojado al árbol de su hojas, es necesario que las raíces que lo sostienen se hayan hundido profundamente en tierra, para que el viento pueda combatir el tronco sin dejar señales en la corteza.

Jorge no había sentido tanta sorpresa el día anterior por los efectos que había producido aquella especie de huracán devastador sobre la fisonomía de la jóven, como en aquel momento, en el cual no tenía ya los ojos bajos y había recobrado en parte esa impresión de ingenuidad, esa gracia cándida que difícilmente asociamos en nuestro espíritu á disgustos mas profundos que los de la infancia.

— Es preciso que reprendais á mi abuelo, dijo Sofía. Se ha empeñado en que aun no está bastante fuerte para partir. Yo estoy segura de lo contrario; es indudable que en su casa se restablecerá mas pronto que aquí.

— ¡Bah! dijo Waife; los jóvenes creen que nosotros los viejos podemos estar siempre tan fuertes como ellos; pero si debo ser reprendido, déjame solo con M. Jorge, hija mía, aprovecha ese hermoso sol para salir. El canto de ese mirlo me indica que debe nublarse al medio día.

— Cuando se quedaron solos, Jorge dijo bruscamente. — Vuestra Sofía sufre mucho; si os encontráis bien para partir, mas vale que abandoneis esta triste man-

sion. El movimiento es por sí solo un poderoso cordial; añadió el predicador con énfasis.

— Advertís también en su semblante lo que sufre, lo mucho que sufre, dijo Waife deliberadamente; en el vuestro veo también cierta cosa que me dice que adivináis la causa de su dolor.

— La adiviné antes cuando vi la fisonomía de Lionel, cuando este salió de la conferencia que tuvo con M. Darrell en casa de mi tío hace dos días. También me la ha hecho adivinar una carta que he recibido de mi tío.

— Vuestras conjeturas son muy justas, dijo Waife con el mismo tono grave y tranquilo. Yo he enseñado á Sofía esta carta del jóven Haughton. Leedla.

Jorge leyó con interés aquella carta, y se la devolvió en seguida á Waife, este último prosiguió :

— Ayer me admiró la increíble firmeza de ánimo que mostró Sofía. Unicamente revelaba en su semblante lo que padecía. Anoche estuvimos hablando juntos. Yo le hablé de mí y de mis antiguos disgustos, á fin de darle fuerzas para soportar los suyos. Esa niña tiene un carácter heróico, M. Jorge; está resuelta á vencer ó morir... pero no vencerá.

Jorge empezó á pronunciar los vanos consuelos que se usan en tales casos. Waife le interrumpió :

— Todo lo que vos pudiérais decirme, M. Jorge, lo sé yo de antemano; por otra parte Sofía, no necesita ser exhortada á la oración y á la resignación. Antes de rayar el alba salí sin hacer ruido de mi cuarto. Por debajo de su puerta vi luz; miré al interior de su cuarto... No se había acostado. La vi cerca de su ventana abierta... Aun brillaban las estrellas en el firmamento. Tenía el rostro oculto entre sus manos... oraba. Si, en aquel momento, estad seguro de que oraba mentalmente. Me ocultará su dolor: se mostrará alegre, la oiréis reír, pero no podrá vencer su dolor, la perderemos, M. Jorge. No creais que mi predicción es efecto del loco terror de un anciano; yo conozco el sentimiento como los médicos conocen las enfermedades; hay síntomas mortales. ¡Silencio! escuchadme. Tengo una esperanza y esa esperanza la fundó en vos.

— ¿En mí?

— Si. Recordareis que en cierta ocasión me dijisteis que si conseguía abrir á vuestra inteligencia una hermosa carrera seriais para mí el mejor amigo que puede haber tenido hombre en el mundo, y que yo os dije: « Acepto, pero cambiad los nombres de ese contrato. Yo no necesito tener un amigo. Sedlo para mi niña, y si os lo pido algún día ayudadme á hacerla feliz. » Y vos me dijisteis: « Con toda mi alma. » Tal fué nuestro trato, M. Jorge. Habeis conseguido todo lo que desesperabais obtener: la dignidad de vuestra profesion sagrada y la elocuencia del predicador. Yo no puedo argüir con M. Darrell, vos sí podeis. Tiene un corazón, ese corazón puede ablandarse; tiene un alma, esa alma puede libertarse al fin de los lazos que dejan sin acción sus buenos sentimientos. Hay virtudes á las cuales podeis apelar; tiene también un excesivo orgullo que en vuestra calidad de ministro cristiano teneis el derecho de representarle como un pecado. Yo no puedo argüir con él; no puedo reconvenir á un hombre á quien debo tanto. Los hombres y los talentos de todos los rangos deben ser iguales ante vos, pastor y teólogo. Como ministro del Evangelio os dirigis sin vacilar á los pobres, á los humildes, á los ignorantes. ¿Os ha dado Dios poder únicamente sobre estos? Id, predicador, id á hablar con la misma autoridad á los grandes, á los orgullosos, á los sabios.

La mirada y la actividad del anciano eran sublimes.

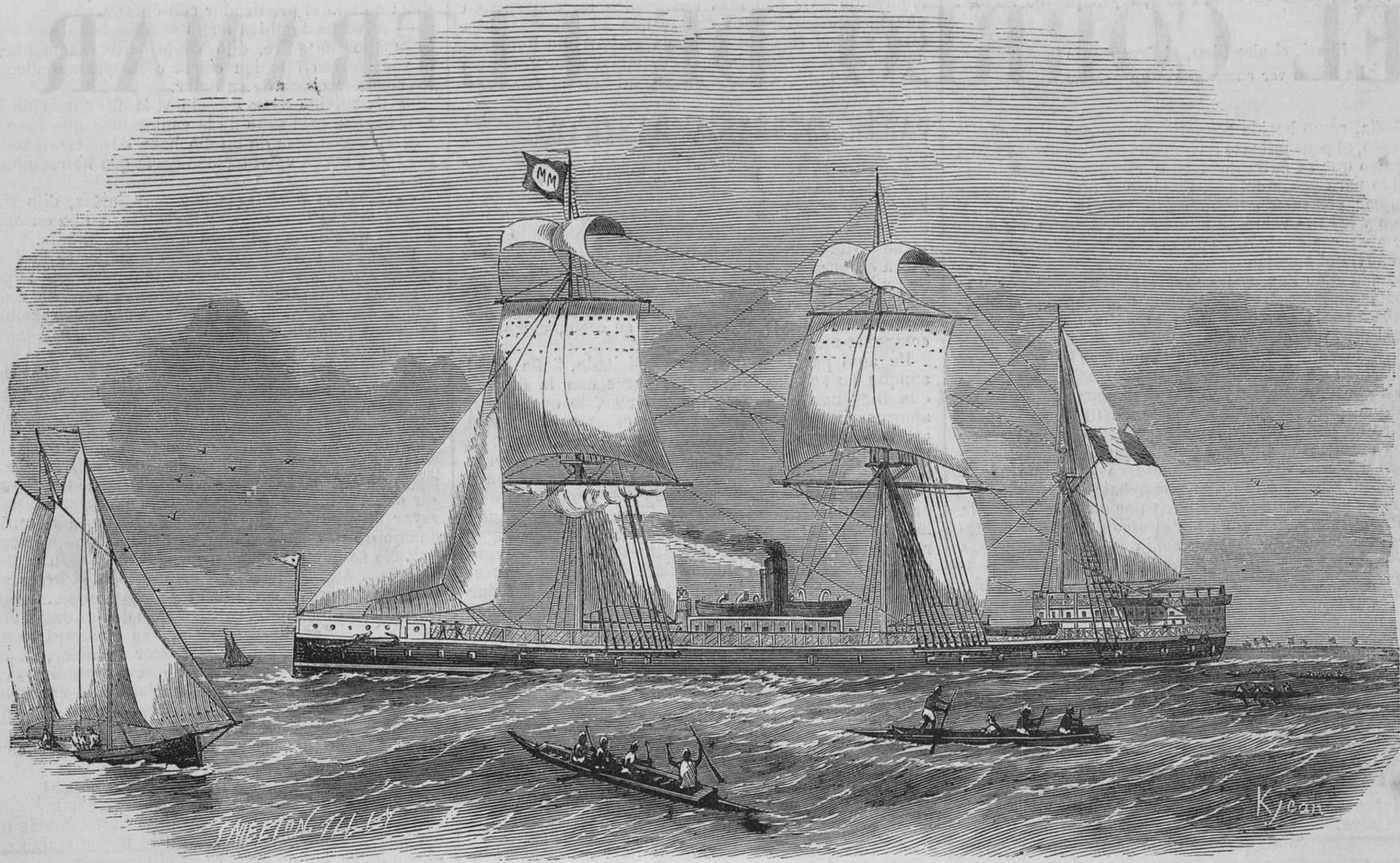
El predicador estaba muy conmovido, su razón no estaba sin embargo, tan afectada como su corazón. La tarea que le asignaban traspasaba los límites que la costumbre prescribe al sacerdote de la iglesia anglicana. ¡Reconvenir á un hombre que no pertenecía á su rebaño sobre los asuntos mas secretos de su corazón! Nuestra sociedad no consiente semejantes privilegios, y con mucha razón.

Waife que observaba su fisonomía y que comprendió al punto lo que pasaba en su corazón, añadió, como si contestase al pensamiento de Jorge :

— ¡Si vos no fuérais mas que un sacerdote ordinario! Pero vos sois algo mas, sois el sacerdote dotado especialmente para conducir á los hombres al camino del bien. Vos teneis la aptitud de pensamiento para razonar, el esplendor del lenguaje para persuadir y la majestuosa gravedad del celo religioso. Por otra parte, aquí no sois solamente el sacerdote; sois también el amigo, el confidente de todos aquellos con los cuales podeis ejercer vuestro poder. ¡Oh! Jorge Morley, yo no soy mas que un pobre ignorante cuando me permito exhortaros á obrar como sacerdote cristiano. Pero sirviéndome de vuestras mismas palabras, es al hombre, es al caballero á quien apelo cuando me dirijo á vos... Habeis declarado que ni la voluntad ni el celo os faltarían cuando yo os dijera: « Cumplid vuestra promesa. » Pues bien, hoy os lo digo: cumplid vuestra promesa á la niña de la cual habeis jurado ser amigo.

— Voy, voy al punto, dijo Jorge levantándose. Pero no os hagais ilusiones; yo no veo probabilidades de buen éxito. Un hombre que es superior a mí por la edad, por la posición, por el talento, por la celebridad...

— ¿Qué sería del cristianismo, dijo Waife, si los primeros predicadores hubieran agitado semejantes preguntas? Así como existe el valor del soldado, ¿no existe el valor del sacerdote?



El vapor *Senegal*, de la compañía de las Mensagerías marítimas.

Jorge no respondió. Salíó de la habitacion á paso lento con el semblante pensativo, y se dirigió á la habitacion de Darrell.

LIBRO DUODÉCIMO.

I.

En la carta que Jorge habia recibido de su tío como acababa de decir á Waife, el predicador encontraba para la mision delicada y espinosa de que se habia hecho cargo, un pretexto que se habia guardado muy bien de confiar al anciano, por el temor de despertar en él esperanzas que no habian de realizarse.

En aquella carta referia Alban, con una sensibilidad que rara vez mostraba en tan alto grado, la conversacion que habia tenido con Lionel al despedirse este para ir á reunirse á su nuevo regimiento. La esperanza de un feliz resultado de la prolongacion de la estancia de Sofia bajo el techo de Darrell habia sostenido hasta entonces el valor del pobre jóven.

El jóven tenia la persuasion de que cuando Darrell hubiera podido juzgar por sí mismo á aquella amable jóven se habria sentido irresistiblemente atraído hácia ella: la inocencia y la sinceridad debian hacerla irresistible. Darrell se ocupaba en purificar el nombre de William Losely de la mancha del fallo que sobre él habian pronunciado los tribunales. Alban tenia el encargo de negociar con Jasper Losely un tratado que quitaria por aquel lado todo temor de oprobio para el porvenir. A los ojos del pobre Lionel, los obstáculos habian desaparecido, el porvenir se presentaba sereno. Así es que cuando despues de referirle su entrevista definitiva con el ministro, le dijo Darrell:

— Al llevar esta noticia á William Losely, espero dulcificar al menos el desaliento que experimentará, cuando haga evidente á sus ojos la imposibilidad de que su querida Sofia pueda ser nunca otra cosa para mí... para nosotros, que una extraña, cuyas virtudes nos interesaran por su felicidad...

Lionel al escuchar estas palabras quedó aturdido como si hubiera recibido un golpe violento. Apenas pudo murmurar:

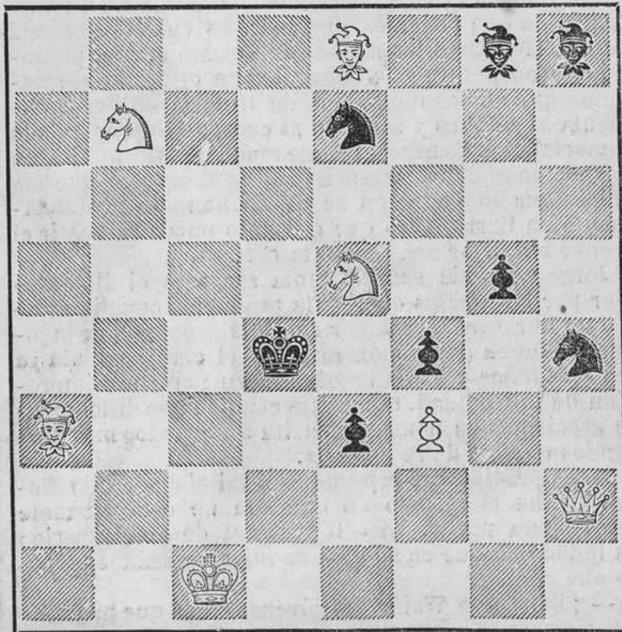
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 370.

- | | |
|----------------------|----------|
| 1 A 3ª ARª | P 4ª AR |
| 2 A toma P. | R toma C |
| 3 A 6ª CRª jaque | R 5ª R |
| 4 P 3ª Rª jaque-mate | |

PROBLEMA NÚMERO 371, POR M. SZABO.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en tres jugadas.

— ¿ Vos la habeis visto y vuestra resolucion no ha variado?

— ¿ Podeis dudarlo? respondió Darrell manifestando admiracion. Mi resolucion puede serme ahora penosa por mí mismo como lo era antes por vos. Pero habiendo sido inflexible ante vuestro dolor, ¿ dejaré de serlo ante el mio? Eso seria una cobardía.

El coronel al describir el estado de ánimo de Lionel, despues que el jóven oficial escribió su carta de despedida á Waife, y antes de salir de Lóndres, manifestaba tristes presentimientos.

(Se continuará.)

El vapor *Senegal*

DE LA COMPAÑÍA DE LAS MENSAGERÍAS MARÍTIMAS.

Cada año la compañía de las Mensagerías marítimas aumenta el número de sus buques. Hé aquí un nuevo steamer que acaba de poner en el Mediterráneo al servicio del público, mientras salen otros de sus astilleros.

Llámase el *Senegal*.

Construido en La Ciotat, en los talleres de la Compañía, y botado al agua el 24 de junio de 1872, ha hecho su primer viaje de prueba de Marsella á Argel, con el mejor éxito.

En el puerto de esta última ciudad le ha copiado el dibujante y le ha visitado detenidamente.

El *Senegal* es un buque de hélice, todo de hierro, de 130 metros, con una fuerza de 600 caballos en su máquina, que puede elevarse á 900.

Los inteligentes, reunidos en el muelle, no se cansaban de admirar sus bellas proporciones, su buen aspecto y su lujo de ornatos.

En cuanto á sus disposiciones interiores, no deja nada que desear; por sus comodidades y su elegancia puede considerarse que ha realizado los últimos límites del progreso. Camarotes de familia, salon, comedor, cuarto para fumar, nada falta; y todo esto se halla suntuosamente amueblado. Todo el que le visita siente como un vago deseo de embarcarse para los países mas remotos.

P.